

Eduardo M. Solari

LIBELO

CONTRA

NATURA



se

Libelo contra natura desarrolla una concepción de lo católico que cuestiona el orden natural, el bien común y la doctrina social, y una concepción de lo político que cuestiona gobiernos e instituciones, la democracia y el estatismo. Es un libro polémico, para la discusión. Si el lector adhiere al autor, se entusiasmará por el modo con que ha sido interpretado. Si no lo hace, sentirá que el autor está obligándolo a pensar de un modo amigablemente belicoso.

En los dos casos, la obra provoca la reflexión y el descubrimiento de nuevos puntos de vista. La publicación de este ensayo en sucesivas entregas, en las páginas de *La Nación*, tuvo notable repercusión en los lectores. Resulta pues sumamente oportuno poner a disposición del público, en forma de libro, este interesante trabajo de *Solari*, de indudable originalidad.



Eduardo Solari

Libelo contra natura

ePub r1.0
Moro 29.07.13

Título original: *Libelo contra natura*

Eduardo Solari, 1988

Diseño de portada: Eduardo Ruiz

Editor digital: Moro

ePub base r1.0



I - Primero abro el paraguas

Éstos son apuntes para discutir, corregir, suprimir, precisar, ampliar y profundizar. Mañana tal vez piense que también son para olvidar. Desde luego no contienen nada nuevo, nada que alguien no haya dicho antes. Sucede que me encanta oír como suenan las cosas cuando las digo yo.

Las contradicciones en que pueda haber incurrido en ellos, o con lo que manifesté en otra oportunidad, son simplemente eso: contradicciones. Es posible que me haya equivocado antes, o quizás ahora, a lo mejor las dos veces, o en ninguna.

La actividad pastoral de la Iglesia excede lo que ella impone, de modo que a partir del límite donde termina la obediencia debida hay un amplio terreno en el que es lícito disentir. Si pareciera que disiento más allá de lo debido, aclaro como católico, que no ha sido mi intención traspasar esa frontera.

Un panfletista, en el sentido no peyorativo de la palabra, no puede andar haciendo demasiadas aclaraciones, introducir notas eruditas y referirse a documentación, porque le cortan el ritmo, apaciguan el fervor, lo sacan de tono, pueden confundir con respecto a las pretensiones de un no especialista y, fundamentalmente, porque no condicen con su talante. No por ello deben presumirse sin rigor reflexiones que pretenden tenerlo.

De cualquier manera, las citas, en su mayoría bíblicas, como el resto de la bibliografía, son de fácil ubicación para los interesados en los temas que se tratan.

II - Orden natural

El Universo se rige por un conjunto de leyes que componen la legislación dentro de la cual se desarrollan los planes de la Naturaleza. Entre esos planes está un buen día poner punto final a nuestras ilusiones y desvelos decidiendo, sin el menor atisbo de cortesía, que dejemos de funcionar. Se nos pone la cara pálida, quedamos inmóviles, se nos relajan los esfínteres, se nos cae la mandíbula, nos enfriamos, se nos coagula la sangre, nos deshidratamos, quedamos rígidos, aparece una mancha verde en el vientre, despedimos un olor pestilente y empezamos a podrirnos. Nos descomponemos por fermentaciones microbianas y nos van comiendo de a poco los «gusanos», como así llamamos vulgarmente a las sucesivas oleadas de la fauna cadavérica que cumpliendo cada variedad con su riguroso turno nos destruye, porque colaborando con las bacterias están los insectos que nos devoran, unos enjambres después de otros, cada uno de acuerdo con la función que le asignó la Naturaleza. Es muy ordenada ella. Empiezan los dípteros cuando todavía estamos «frescos»; siguen moscas *incília* y *sarcophaga* cuando avanza el olor cadavérico, precisamente seducidas por él; más o menos entre los tres y seis meses coleópteros y lepidópteros se dan el gran banquete con nuestras grasas fermentadas; a continuación «gusanos del queso» se sacian con la fermentación de los albuminoides; con la fermentación amoniacal reaparecen dípteros y coleópteros; luego los ácaros absorben los humores del cadáver y nos dejan secos del todo; vuelven coleópteros y lepidópteros para liquidar los tejidos membranosos ya apergaminados y finalmente dos últimas cuadrillas, tan especializadas como las demás, se encargan de que desaparezca lo que pueda quedar de nosotros. Sí, señores; así es la cosa, y no por sabida cambia. Quienes gustan de los eufemismos llaman a esto «descansar en paz».

También figura entre esos planes que la gacela se niegue a dejarse comer por el león, por más natural que sea que el león se la coma. Trata de evitarlo con desesperación, aun cuando si lo logra la consecuencia es que se coma a su hermana. Huirá en zigzagueante y loca carrera, el miedo acelerará su corazón al límite de estallar y morirá con el terror manifiesto en sus ojos desorbitados, intentando eludir los zarpazos que la irán desgarrando aún caliente, para ser devorada hasta dejar sus entrañas al aire, restos de festín para comedores de carroña, higienistas de la sabia y previsora Natura.

¿Por qué suceden estas cosas maravillosas? Suceden porque la realidad está sujeta a un orden, al famoso orden natural. A las leyes de la Naturaleza. A la «ley de la selva».

El orden natural es maravilloso, pero es maravilloso con respecto a su fin, porque sabido es que si hay un orden hay una finalidad. Los beneficiarios del orden natural son las especies, no las unidades, porque con estas últimas el orden natural es maravillosamente cruel. En los planes de la Naturaleza toda individualidad es más percedera y fugaz que el grupo, porque los individuos no cuentan, cuenta la especie. Caso contrario, la muerte no estaría en su programa. Lo está, y nada más natural dentro del orden natural que la muerte. Que la fugacidad y la muerte. Que la muerte y el dolor. Dentro de ese plan deben necesariamente matarse unos a otros de manera trágica, angustiada, dramática, sórdida e inevitable. El dolor es común denominador. La pirámide alimentaria y la lucha por la supervivencia son la permanente huida, persecución, acecho y

cacería. Es la salvación de la especie, el desprecio del individuo.

En el equilibrio de la Naturaleza los depredadores salvan, benefician y mejoran a la especie depredada. Contribuyen al bien común de ella, la liberan de la superpoblación dentro del «hábitat», con lo que la comida y el espacio alcanzan para «todos». Eliminan a los viejos, los débiles, los enfermos y los menos hábiles, que son los más fáciles de cazar, con lo cual colaboran en la selección dispuesta por ella; quedan los mejores, se reproducen los mejores, y se favorece así a «toda» la especie y «todos» lo pasan mejor gracias al bien común proporcionado por la especie depredadora, que evita la enfermedad y degeneración de la especie depredada.

En otros términos, los depredadores crean el contexto adecuado para que los componentes de la especie depredada puedan desenvolver cabalmente sus posibilidades. Fuera de ese contexto no podrían desenvolverlas cabalmente. Por eso, a ese contexto adecuado se lo llama bien común. Las leyes de la Naturaleza han dispuesto que para que las gacelas se desenvuelvan en el contexto adecuado es necesario que a algunas se las coma el león, y que para que el león pueda desenvolver cabalmente sus posibilidades es necesario que mate y se engulla algunas gacelas. ¡Qué se le va a hacer!... Entonces, el bien común no es, ni puede ser, el bien de todos los «cada uno». Desde ya que no es el bien de la gacela que los leones se comieron, ni del león al que las gacelas se le escaparon. Es maravilloso, pero no alcanzo a comprender qué tiene de bonito.

Hasta las plantas para sobrevivir compiten por los nutrientes del suelo, la luz y un poco de agua, y si escasean, la que los necesita y pueda se los quitará a su vecina, que morirá seca y retorcida. Y muerta, seca y retorcida servirá de alimento al fuego que matará a la que la mató, en el momento en que madre natura disponga que el sol o el rayo enciendan el fuego purificador que mate a todas para que nazcan otras con la fuerza de la vida nueva.

Y como haciendo estúpidamente gratuitos tantos afanes, dolores y crueldad, la ciencia nos enseña que años más, años menos, todo pasará: el planeta en que vivimos y lo que en él hay, montañas y mares, naciones y estructuras. La geología y la historia nos enseñan que ya pasó, que está pasando, que transitamos ese camino.

El humano es parte del Universo, está incluido en el plan de la Naturaleza, que lo sujetó a sus leyes y las grabó en su código genético. Dentro de ese plan le dejó un margen de libertad con condicionamientos que hacen bien precisos sus límites. No sé, pues, de dónde sacamos eso de que el hombre ha ido dominando a la Naturaleza. Es parte de sus planes que ya no nos asustemos de los truenos y volemos en avión. Se llama evolución y está previsto por ella. Eso no es dominarla, porque el humano, sin alternativa, desde el seno materno seguirá sus órdenes y, ciego o consciente, nacerá, crecerá, se alimentará, perpetuará la especie, luchará por su vida, transmitirá a sus reemplazantes en la cadena de generaciones las órdenes que recibió, envejecerá, morirá, y otra unidad biológica lo reemplazará. Es el orden natural. Son los planes de la Naturaleza. Es la «ley de la selva».

El orden natural enfrenta al individuo con problemas sin solución humana, entendiendo que no hay solución cuando no hay alternativa ética y entendiendo que no hay alternativa ética cuando la

única solución es el sacrificio de algunos individuos. La realidad es un acertijo que se ríe de nosotros, porque dentro de ella no hay posibilidad de conciliación total de los grupos entre sí, entre las unidades y el grupo, entre el grupo y la especie, entre lo social y cada hombre.

Está claro que el bien común beneficia al individuo, desde que si la especie anda bien quienes la componen también, pero este efecto no tiene relación con todos; siempre algunos, pocos o muchos, deben ser necesaria e injustamente sacrificados al interés general. El sacrificio del bien individual es injusto y el sacrificio del interés general también, porque incluye el individual. En el orden natural el bien común prevalece sobre el bien particular. Lo dicho, desde luego, sin perjuicio de la imposibilidad de acuerdo sobre lo que en concreto constituye el supuesto bien común, ni de los supuestos medios para ponerlo en práctica.

La sociedad, cuando se equivoca y cuando no se equivoca, sacrifica necesariamente, por el bien común, el bien individual. Por eso la historia del sacrificio es tan antigua como la historia de la humanidad. En el curso de ella, de acuerdo con la evolución cultural, la sociedad ha ido sacrificando a distinta clase de individuos. A Saturno o a Diana, esclavizando o torturando, sometiendo a servidumbre o explotando, colonizando o civilizando, por la nación, por la libertad, por la seguridad, por el orden, la moral, las costumbres, la justicia, la salud, porque no hay alternativa o por error, de buena o mala fe, por la patria o «para mayor gloria de Dios», por lo que sea, pero siempre el sacrificio de algunos para beneficio del grupo.

Por el bien común se han hecho cosas muy feas, tan feas o más que por el bien individual. Ya no le sacrificamos niños a Moloch para que la divinidad no se enoje con «todos», esto es, por el bien común; ni los egipcios ahogan ya una mujer joven en el Nilo para obtener fertilidad en los campos de «todos», esto es, por el interés general; pero no hemos cambiado, hacemos otras cosas que son el equivalente en nuestro contexto histórico-cultural. Bien común son y fueron muchas cosas detestables, que eran o son el «orden establecido», las costumbres que evitan un «mal mayor» y que responden, errónea o acertadamente, a necesidades del «interés general».

Menos dramáticamente, y sólo por dar un ejemplo, si a la comunidad le interesa evitar una epidemia de viruela, la vacuna contra la viruela será obligatoria. La vacuna contra la viruela produce estadísticamente una meningitis cada tantas vacunas. Todos sabemos que un fulano morirá, pero no podemos dejar de vacunar porque si no lo matamos morirán muchos zutanos y perenganos. Cada tanto, la sociedad debe sacrificar a uno de sus miembros, elegido al azar o no, con independencia de su culpa o no, porque de lo contrario sacrificará ineludiblemente a otros. Entonces, por el bien de «todos», por el bien común, lo sacrifica.

Del mismo modo, por lo que la sociedad oscura e inconscientemente supone su bien, en un contexto sacrifica a los que no permite contraer nuevo matrimonio hasta que se les muera el cónyuge del anterior, y en otro contexto sacrifica a los que pagan las consecuencias de permitirlo; en un contexto sacrifica al ser al que permite que se lo mate antes de nacer, y en otro contexto sacrifica al ser al que no se le permite abortar; y en una guerra destina a unos a morir y a otros no; y así en cada una de las decisiones de la sociedad. En cuanto a las razones, se acomodan insensiblemente a la decisión. Y no estoy opinando ahora y aquí que deba o no deba vacunarse, permitirse o no el divorcio, el aborto, o no ir en ningún caso a guerra alguna, o lo que sea; sólo

estoy diciendo que el orden natural nos enfrenta con problemas sin solución humana, en cuanto no se ofrece alternativa ética. O dejamos morir al león o dejamos morir a la gacela; y peor todavía: el orden natural nos obliga a ser verdugos de nuestros hermanos o a nuestros hermanos serlo de nosotros sin permitimos eludir una decisión. Todo lo que algunos logran es no concientizarlo. O debemos ser Abraham dispuestos a sacrificar a nuestro hijo, mentiras piadosas de por medio; o debemos ser Isaac conducido al sacrificio por azar, o debemos ser Abraham e Isaac unidos para matarlo, porque ni aunque Dios se apiade queda de lado el sacrificio.

No me gusta que el cocodrilo para sobrevivir tenga necesariamente que agarrar de una mano al animal que se acerca a tomar agua, arrastrarlo y comérselo mientras lo ahoga. No me gusta que un chico, ni nadie, se muera de hambre, sufra, enferme o envejezca, muera, sea injusto o tenga que soportar la injusticia. Pero eso es la Naturaleza, eso es el orden natural y éstos son sus mandamientos.

La Naturaleza es el dios de la gente que no cree en Dios. Es el dios de los pueblos primitivos y de la gente cruel. Es el dios de los paganos, que siempre lo adoraron bajo diversas advocaciones. Es también el dios de la gente razonable y el dios de los filósofos.

Estar en el planeta Tierra importa ser esclavo de las leyes que rigen el Universo y tener que soportar el pánico de la condición humana. Importa ser cómplice voluntario o involuntario, consciente o inconsciente, de que las cosas sean como son. Aceptar y acatar las decisiones del grupo, incluso pelear para que las cambie, es marchar por la «rastrillada» y con el rumbo de la multitud; es agruparse por instintiva seguridad, es ser «sociales» porque los apartados del grupo son la presa fácil de los depredadores, y es, a la vez, lo humanamente razonable, porque es atenerse al orden natural, que es la «ley de la selva», pero también es, consecuentemente, no distinguirnos nítidamente los humanos del resto del Universo. Así las cosas, somos tan naturales como todo lo que existe en el Cosmos.

III - Política

Cuando me refiero a lo político lo hago en la amplia interpretación que incluye lo social, lo económico, las relaciones internacionales y, por supuesto, la actividad específicamente política. En síntesis, todo lo que hace a la convivencia, al grupo y a lo colectivo.

Lo político está dentro del orden natural. Es el orden natural en el plano de la convivencia humana y, por tanto, se rige por las leyes que rigen el Universo, por la «ley de la selva». En la selva también hay amor, lucha, acuerdos tácitos, hábitos sociales y equilibrios. Aves que limpian de parásitos a grandes animales y que por tal razón no son molestadas por ellos; serpientes que se alimentan de huevos pero que siempre dejan uno en el nido depredado, cuidando a la vez la continuidad de la especie y su alimentación; leones que no matan si no es por necesidad y dejan el plato preparado para los comedores de carroña; etcétera. Luchas en las que cada cual usa las armas de que está dotado: fuerza, olfato, velocidad, vista, astucia, mimetismo. En la especie humana la apelación a la ética puede ser un arma. Política es también, dicho de otro modo y sin intentar aquí tampoco una definición, la necesaria actividad de la especie y grupos humanos tendiente a velar por su subsistencia y bienestar.

La sociedad por medio de sus estructuras: estado, gobierno, grupos de presión, poderes sectoriales, decide quienes deben ser sacrificados en beneficio de «todos». La sociedad tiene sus defensas, se adapta, y como las especies cuando peligran produce cambios tendientes a restablecer un equilibrio.

La política se refiere siempre a lo plural, estructuras, sistemas, interés general. En muchos foros políticos se proclaman altisonantemente los derechos del individuo, pero la realidad es que lo personal entra en el campo de lo político sólo como consecuencia de ocuparse de «todos». Esas proclamaciones cambian y son de distinto signo según el momento histórico, porque la sociedad va cambiando los derechos personales que protege para protegerse. La evolución de esos derechos se acomoda a la preservación y seguridad del grupo en cuanto tal. Además, los derechos que las sociedades cuidan para unos individuos o grupos siempre van en detrimento de otros individuos o grupos, dentro o fuera de sus fronteras.

Por eso también, aun fantaseando la mejor buena voluntad por parte de quienes ejercen el poder, no se alcanza a ver de qué manera podrían velar por el bien común sin afectar el individual o respetar el individual sin detrimento del social. Alguien siempre debe ser necesaria e injustamente sacrificado. La protección de la norma jurídica al individuo no prevalece sobre la que protege a la sociedad, por ello tiene su límite en el «orden público».

Quienes ejercen el poder no pueden dejar de sacrificar a alguien en cada una de sus decisiones; no tienen alternativa. Todo lo que pueden hacer es preguntarse: ¿a quién? ¿cómo? ¿dónde? ¿éste o aquél? ¿ahora o dentro de diez años? ¿en esta generación o en la próxima? ¿aquí o en las antípodas? Y la sabiduría del estadista reside en elegir acertadamente quienes deben ser sacrificados en beneficio de «todos». Si lo hace bien, tendremos lo que se llama un buen gobierno, un gobernante con visión y un gran hombre. Caso contrario, «todos» sufriremos las consecuencias de la equivocación. Alguien tiene que hacer ese trabajo, y por tanto ese alguien es necesario y hasta puede que meritorio y heroico, pero no creo que santo.

Que los verdugos sean necesarios no significa que sea obligación serlo. Cuestión de gustos,

porque sobrarán candidatos. Puedo tomar la decisión de no ser verdugo; lo que no puedo hacer es tomar la decisión de ser verdugo y, a la vez, la de no matar. Para quien acepta el trabajo lo correcto es cumplirlo buscando el bien común: sólo la muerte mínima necesaria para que no mueran «todos», sólo el dolor mínimo inevitable para que no sufran «todos», sólo la injusticia mínima imprescindible en beneficio de «todos». Así es el orden natural. Pero este trabajo de manejar los «reinos de este mundo» no es el trabajo encomendado por Jesús de Nazaret a los cristianos, que deben oponerse a muchas cosas insoslayables en ese trabajo. Habrá pues, pelea; cuando no: señal de componenda. Lo veremos más adelante.

Los estados deben velar por su seguridad y la seguridad del grupo. No queda alternativa por razones de supervivencia. Una nación puede involucionar, estancarse, ser sometida a servidumbre, vivir peor para que otras puedan vivir mejor, terminar en una «reservación» e incluso extinguirse. Para que ello no suceda debe luchar en múltiples terrenos: militar, económico, técnico, cultural, etcétera. Para la política hay prioridades por sobre la vida humana, porque para la sociedad hay valores superiores a la vida de cualquiera de sus miembros; por ejemplo, la vida de «todos» sus miembros.

La existencia de fuerzas armadas supone, por mucho que se cacaree la paz, que hay un límite, no importa qué remoto sea, traspasado el cual la paz se dejará de lado. No es secreto para nadie que las razones de seguridad obligan a comportamientos «non sanctos» y que, en general, la indignación llega por la muerte y el dolor inútil, innecesario e ineficaz, pero no por la muerte y el dolor injusto. Cuántas veces se dice a modo de consuelo «no han muerto en vano». Puede no ser en vano y ser injusto.

¿Se ha oído protestar contra las guerras independentistas, sucedidas y ganadas, por el hecho de que todas ellas suponen, ineludiblemente, que algún infeliz fue reventado ignominiosamente por los azares de la lucha? ¿O es que acaso una nación va a dejar de ser libre e independiente por el mero detalle de no reventar ignominiosamente a algún infeliz?

El peligro que para cualquier nación implica no tener fuerzas armadas, y otras estructuras no armadas, hace que por tenerlas algunos sufran más miseria y hambre, enfermedad y dolor, o vivan menos aceptablemente. Este es uno de los tantos sacrificios que de alguno de sus miembros ofrece el grupo al bien común en el altar de la patria. Una guerra lleva implícito que un bebé de seis meses volará con las tripas por el aire, y una nena será quemada viva como una antorcha, y que otros terminarán sus días con las piernas a cien metros del cuerpo, pero no por ello va a perder un país su independencia o dejar de hacer una guerra justa o conveniente. La realidad humana no ofrece opciones. Algunos deben ser sacrificados en beneficio de «todos» porque, de no hacerlo, igual habrá sacrificados.

Lo que resulta claro en situaciones límites, aunque pueda no resultar tan claro en las que no alcanzan este extremo. se da en todo lo que tenga que ver con lo político, que tarde o temprano conduce a una encrucijada ética.

El «número suficiente»

Los humanos, individualmente, dentro de nuestro margen de libertad, nos comportamos de distintos modos. Hay hombres que se comportan de una manera y otros que se comportan de otra, pero hay una cantidad que constituye el «número suficiente» para que las cosas sean como son. Llamo, entonces, «número suficiente» a la cantidad necesaria de hombres que comportándose, activa o pasivamente, de una manera determinada, hace que las cosas sean como son; configurando en cada momento y lugar la corriente de opinión generalizada que marca el rumbo de la historia, de una comunidad o de cualquier grupo humano.

En otras palabras, los fenómenos producidos por todo conglomerado humano, desde la asociación más insignificante hasta la humanidad en su conjunto, pasando por toda la variedad que va desde familias hasta naciones, son el resultado de los actos realizados por un «número suficiente» de individuos. Ese «número suficiente» no es, necesariamente, ni la totalidad ni la mayoría. Es, simplemente, un «número suficiente» para determinar que las cosas sean como son. En consecuencia, la historia de cualquier grupo y de la humanidad entera es lo que de ella hizo el «número suficiente».

Hablar de grandezas y miseria, o de bueno y malo, considerando el «número suficiente», es pudor de algunos y desvergüenza de otros porque la historia colectiva es la historia del error, la crueldad y la ausencia de sentido. La gente buena y compasiva nunca fue suficiente para evitar que las cosas hayan sido como fueron, y entonces, en términos de «número suficiente», no cuentan. No cuentan porque el «número suficiente» es el protagonista de lo colectivo, esto es, de todo lo que no es individual. Lo que sí cuenta es que no hubo una humanidad, una región, una nación, un pueblo, una sola sociedad buena y compasiva. Sólo hubo hombres buenos y compasivos y, obviamente, no los suficientes.

No haré un inventario de errores, maldades y estupideces. Otros, que ya lo hicieron, se llaman historiadores. Para señalar que este mundo siempre anduvo mal, no enumero las aberraciones que el hombre ocultó, la sociedad condenaba, o movían a vergüenza, porque esas actitudes implicaron por lo menos el mérito del reconocimiento. Conviene, en cambio, recordar las aberraciones de las que eran partícipes «todos», que tenían el consenso de la sociedad, que no se ocultaban, ni movían a vergüenza; en suma, que eran «oficiales», que eran la ley, el «orden establecido» y fueron constantes históricas. Sin comentar otras maldades colectivas, que hubo muchas, dos ejemplos son suficientes para fundar lo sostenido: la esclavitud y las torturas. Hagamos memoria muy brevemente.

Desde que hay noticia del mundo, y hasta no hace mucho, dos siglos aproximadamente, con variaciones según los lugares, de cualquier manera inexpresivas en términos históricos, existió la esclavitud. No es necesario pormenorizar lo que fue esta institución, pero viene al caso recordar seres humanos cazados como animales, arrancados de su tierra, separados sin esperanza de su familia, hombres, mujeres y niños cruelmente tratados, y millones y millones de vidas enteras

signadas por el horror. También corresponde recordar que «todos» estaban en eso —sí, «todos», incluidos los esclavos— desde que se tiene memoria hasta llegar a nuestros tatarabuelos, que están implicados, pasando por los grandes hombres, los héroes venerados, los pensadores insignes, los gobernantes buenos, los santos varones, las naciones gloriosas y lo que se quiera agregar. Esa fue una de las bases esenciales de la organización social de la humanidad desde sus orígenes conocidos hasta casi el presente.

Resulta interesante recordar e imaginar al esclavito que acompañaba a la señora a misa o al oficio dominical, y a la esclava que cebaba mate o servía el té a los campeones de la libertad.

¿Y qué de la historia de los tormentos? No eran ocultos delincuentes quienes los aplicaban, no eran ilegales; eran obligatorios, estaban establecidos por las leyes de todos los pueblos del orbe, por la organización social, hasta hace muy poco oficialmente, igual que la esclavitud, unos doscientos años aproximadamente, con diferencias según el país. Desde siempre, todos los pueblos fueron torturadores. El hombre crucificaba a los otros hombres para que murieran lentamente con el mayor dolor posible, los ponían en el potro para ir rompiéndoles los huesos de a poco, los quemaban vivos, enteros o por partes, los desollaban, les arrancaban los ojos, los empalaban, los ahogaban, los ataban a sillas de hierro y las calentaban al fuego, etcétera. En resumen, que la ley torturaba de todas las maneras imaginables; y convivían con esas leyes, no ocultas, y las defendían, y las aplicaban, los pequeños y grandes hombres, los héroes venerados, los pensadores insignes, los gobernantes buenos, los santos varones, la humanidad entera.

Cuando estas instituciones, leyes y costumbres perimieron por el mero transcurso del tiempo y la humanidad fue cambiando sistemas obsoletos por otros más acordes con las realidades del momento, como cambió la carreta por el automóvil, inventó en su reemplazo las grandes guerras mundiales, los campos de concentración, las armas nucleares, y tantas otras cosas que enumerarlas llevaría la vida.

Este mundo no sólo anduvo mal, sino que sigue andando mal. Para comprobarlo es suficiente con leer un diario o encender un televisor. No entro en la discusión de un eventual progreso moral, porque no interesa aquí medir la bondad de Sardanápalo en relación con la de Hitler, ya que ello en nada modificaría lo que se sustenta en el sentido de que las cosas son como son desde siempre. Podría concederse, tal vez, que a Sardanápalo le parecía bien y a Hitler mal, y que eso ya es algo, pero no estoy muy seguro. En fin, lo que interesa dejar sentado es que no hay un solo período de la historia de la humanidad en que las cosas, poco más, poco menos, hayan dejado de ser como son, y esto nos lleva a otra lamentable conclusión.

En efecto, si como dicen los que saben el hombre está en el planeta, tal como es hoy, desde hace cincuenta mil o dos millones de años lo mismo da, y las cosas, globalmente, siempre han sido como son, no hay muchos fundamentos para suponer que ahora vayan a cambiar. De cualquier manera las que pasaron ya no pueden cambiar.

En resumen: si es verdad lo que nos cuenta la historia, si es verdad lo que nos hacen saber los medios de información, y si es verdad aquello de «Por los frutos los conoceréis», los humanos componemos, colectivamente considerados, un mundo cruel. Sí, señor, tal como reza el lugar común.

Además de cruel, sometido al error, porque la humanidad entera ha vivido de equivocación en equivocación. Colectivamente, los hombres han estado convencidos y ciertos de estupideces que movían a indignación y risa a la generación siguiente, que pasaba a estar convencida y cierta de otras estupideces que después movían a lástima a la que seguía, y así sucesivamente desde el principio de los tiempos hasta nuestros días. Nada obsta para que estemos equivocados ahora. Todo indica que lo estamos, igual que siempre.

Como en las sabanas del África, en la especie humana también se producen estampidas. Igual que el incendio que pone en movimiento a las manadas, la chispa de intereses y convicciones, acertadas o erróneas, espontáneas o provocadas, dirigidas o no, prende en el «número suficiente» y pone en marcha la corriente de opinión generalizada que, señalando el rumbo de la historia, comienza a caminar hacia metas presuntamente definitivas que se abortan en escalas no previstas y en las que se fijan nuevas metas tan inconclusas y cambiantes como las anteriores. Como las manadas de la fauna, por grande que parezca la estampida, finalmente se aquietan, y no sólo no llegan a salir de la región, sino que al cabo de un tiempo terminan pastando en las mismas praderas, que parecen nuevas porque tienen el pasto renovado por el incendio.

La realidad de la convivencia humana es inmodificable, globalmente y en lo sustancial, por la acción de las estructuras, del estado, en suma, de lo político. El hecho de que las sociedades cambien o puedan cambiar no quiere decir que las estructuras la cambien. Estas acompañan el cambio social, son parte de él, no las que lo producen, porque en la dialéctica hombre-estructuras el factor determinante es el hombre.

Con todas las variantes conocidas de sistemas, regímenes, culturas y religiones, los pueblos han hecho y hacen lo mismo. Las naciones civilizadas, igual que las que no son tan civilizadas. Con república o monarquía, igual que con democracia o tiranía; con pueblos que creen en lo trascendente o con pueblos que no creen en Dios, el comportamiento de fondo es el mismo, internamente y con respecto a otros pueblos. El comportamiento del «número suficiente», y su historia, es de una uniformidad asombrosa: un grupo sacrificando a otros grupos, y dentro de los grupos unos a otros.

El poder

Es natural en los individuos de la especie humana la búsqueda de poder. Es parte del instinto de conservación. La lucha por el poder, entre otras cosas, es la lucha para no estar en el lote de los sacrificados por la comunidad y vivir más aceptablemente. El poder permite obtener de nuestros congéneres lo que en otras condiciones no obtendríamos, o permite defendernos de ellos para que no nos priven de lo que en otras condiciones nos privarían.

Desde otro ángulo: así como un arma otorga más poder y quien quiere más poder la busca, lo colectivo también otorga más poder y quien lo apetece lo vehiculiza, con objetivos honestos o no.

Los hombres se agrupan, entre otras cosas, para obtener poder. Forman grupos espontánea y premeditadamente, consciente o inconscientemente, formal e informalmente, voluntaria o involuntariamente, y lo hacen de muy distintas formas: capitalismo, sindicatos, empresariado, burocracia, fuerzas armadas, partidos políticos, profesiones, pueblos, naciones, estados, gobiernos, iglesias, religiones, cultos, ideologías, tribus, familias, cooperativas, «bandas», «trenzas», clubes, logias, sociedades, asociaciones, etcétera.

Está claro que «la unión hace la fuerza» y que las estructuras potencian la fuerza de quien las usa. Y no puede discutirse que las estructuras pueden vehiculizarse para bien o para mal, y para fines no específicos de ellas.

El grupo tiene más poder que el individuo, y el individuo en «número suficiente» vehiculiza los grupos, entre otras cosas, para obtener poder. Cualquier grupo que se pueda utilizar es arma que acrecienta el poder, ya sea una sociedad comercial, un club, un sindicato, una congregación religiosa, etcétera, hasta el estado y sus instituciones, porque el estado y sus instituciones también están constituidos por grupos humanos.

Cuando mayor es el poder de un grupo o estructura, tanto mayor es su posibilidad de influir en la sociedad, y a la vez, tanto mayor es el interés del «número suficiente» en su vehiculización para fines directamente personales u otros. Tal logro distorsiona la acción de las estructuras al punto de impedir el acabado y único cumplimiento de la finalidad teóricamente prevista, de modo tal que la influencia sobre lo colectivo no actúa en la dirección proyectada. Consecuencia de ello es, entre otros motivos, que la realidad de la convivencia no pueda dejar de ser como es, en el sentido de ser cambiada para mejorar sustancialmente, por la influencia de los grupos con poder. En otras palabras, el «número suficiente» aparece en los grupos y estructuras en la medida en que adquieren poder y en la proporción del poder adquirido, pervirtiéndolos. No sé si esto puede tener alguna relación con aquello que dijo Hegel en el sentido de que «cada momento histórico lleva en sí el germen de su propia destrucción».

Por otra parte, el individuo solo, por extraordinario que sea, aun cuando pueda modificar el curso de la historia por períodos, tampoco pudo hasta ahora impedir que las cosas sean como son, de modo pues que el problema es insoluble.

El manejo interesado de las estructuras no quita que igualmente cumplan con su finalidad, aunque no sea exclusiva y acabadamente, pues son necesarias, y además porque de un mínimo de cumplimiento depende su justificación y existencia. Por este motivo, los responsables de ese

manejo deben contribuir a que cumplan su destino, aunque no sea exclusiva y acabadamente, y aun cuando la finalidad de la estructura no sea, para ellos, un fin en sí mismo.

Poder político es el poder que controla al resto de los poderes. El máximo poder es pues el poder político y, por tanto, el que más rápido vehiculiza el «número suficiente». El estado es la estructura del poder político; de tal modo, el estado es la herramienta más apta para el «número suficiente». En la lucha entre los diversos poderes, que eso también es la política, el que triunfa pasa a ser poder político, y no importa qué clase de poder fue antes de prevalecer, porque, una vez que triunfó pasa a ser poder político y a encuadrarse en sus características. En los hechos, el «número suficiente» que tiene el poder político se identifica con el estado. La identificación «puede ser benigna o virulenta.

En los casos de identificación virulenta, «el César» es dueño de un dios que se encamó en él y llega a sentirse ese mismo dios. Como todo dios tiene su religión, y como toda religión tiene sus altares, sus mártires, sus santos, sus herejes, sus teólogos, sus consagrados, sus hábitos, su liturgia, sus feligreses, sus símbolos y signos, sus pecados y sacrilegios, y lo mismo que en la religión verdadera muchos de sus cultores no han pasado del estadio mágico, formal y ritual, y entonces ofender el signo sagrado es sacrilegio más grave que depredar lo que el signo expresa. A diferencia de la religión verdadera, es un dios vergonzante, y no dice directamente yo soy dios porque no está dispuesto a que lo crucifiquen; entonces, la nación será el dios más digerible que en algún confuso punto tendrá tangencia con el gobierno, que es el estado poder, que es el grupo humano que ejerce el poder, que así también tiene excusa para pretenderse dios. Pequeños dioses que invocando indistintamente al dios nación, estado o gobierno, son en realidad meros hombres que deciden sobre la vida y la muerte de otros hombres. Esto es válido igualmente para el más democrático de los funcionarios republicanos como para el déspota, porque aunque a ambos les encante decir indistintamente que la nación, el estado o el gobierno deciden tal o cual cosa, la verdad es que los que deciden son ellos. El argumento de distinguir a los hombres de las instituciones nunca se esgrime para argumentar algo bueno. Y aquello de que lo que cuenta son las instituciones y no los hombres es una falacia. Lo que cuenta son los hombres, el «número suficiente» de ellos.

Cualquier propuesta para mejorar la convivencia, las relaciones sociales, organizar lo público; en suma, cualquier propuesta que tenga que ver con la vida política, tanto en los grandes lineamientos como en los detalles mínimos, cuando desciende a la práctica se encuentra con que la bondad de la solución propuesta depende del hombre. De raíz, no depende, pues, la vida política del condicionamiento de las estructuras, sino del hombre, del «número suficiente», porque aun cuando las estructuras influyen de momento, a la larga sólo tienen la influencia que les otorga el «número suficiente», que es quien las maneja y quien decide si se las modifica o no. Prueba es que iguales estructuras no producen iguales efectos con hombres distintos. Una ley tanto puede servir al bien, como ser arma detestable en manos de quien debe hacerla cumplir. Cualquier ley, cualquier ordenanza, por buena que sea, puede tener el triste fin de ser sustento de arbitrariedades

y prepotencias gratuitas. Desde luego, siempre habrá un ingenuo que proponga un control adicional, pero los controles de los controladores siempre serán hombres, y esto no tiene salida.

Si la identificación es benigna no se sentirán dioses, y entonces, además de proveer al bien común, el «número suficiente» se limitará, consciente o insensiblemente, al usufructo de los privilegios que derivan de ejercer el poder o una cuota de él.

Con identificación benigna o virulenta, con pretensiones éticas o sin ellas, gobierno no- es otra cosa que los «hombres que manejan la estructura estado, de la que son fusibles. La estructura estado tiene fines específicos y obliga a comportamientos determinados. Quienes la manejan porque así lo quisieron no pueden, por tanto, ser «Santa Teresita». Gracias a Dios, desde luego, pero es bueno saberlo.

Dentro de cualquier estructura, sistema y régimen las cuentas se rinden finalmente al «número suficiente». Y los pecados de que se rinde cuentas al «número suficiente» no pueden dejar de ser los que el mismo «número suficiente» cometió. Cuando el «número suficiente» modifica su actitud, pide cuentas de su propio error, y no hay opresión que, en cómputo de tiempos de historia, frene la estampida; caso contrario, los regímenes serían eternos y no lo son. El «número suficiente» corrige su error reemplazándolo por otro, sin aceptar que el anterior fue propio. Las revoluciones, cruentas o por votos, las hace el «número suficiente» contra sí mismo, engañándose respecto de su culpa, a cuyo efecto elige como de «chivo emisario» para que cargue con sus pecados a los mismos que los cometieron por su cuenta.

Quienes ejercen el poder, hayan accedido por el voto o por la fuerza, son expresión del «número suficiente» del lugar del que emergieron, y cuando no lo son o dejan de serlo caen, por el voto o por la fuerza, y es despreciable en términos de historia el tiempo de permanencia en el poder fuera de estas reglas. Aun en el caso de que un pequeño grupo tome el poder por asalto, el gobierno que se instala y su burocracia no vino de otro planeta; nació y se formó en el medio del cual es su consecuencia, que fue su caldo de cultivo y que lo tolera. Nadie puede gobernar solo y porque sí. Necesita el «número suficiente» de esbirros y de consenso, activo o pasivo.

Los males del poder no tienen solución y, por tanto, ésta no se encontrará en las estructuras, los sistemas y las formas, ni en otro lado, porque no existe. Sin arreglo posible, los privilegios se tienen, de hecho, en proporción con la cuota de poder de que se dispone. Esto es realidad tanto en una tiranía como en una república, es válido para el déspota y el demócrata, un sindicalista o un empresario, el dirigente de un club o un obispo; y sirve, además de para procurar el bien común, para que los saluden más atentamente, estacionar el vehículo donde venga en gana y jubilarse mejor.

Totalitarismo

El hombre tiene que organizar la convivencia. No tiene elección. Al no haber alternativa, queda justificada la existencia del estado, que es una estructura de orden natural, evolución incluida (familia, horda, tribu, nación, estado); y entonces es ocioso discutir al respecto, tan ocioso como platicar sobre la conveniencia de que el hombre tenga o no dos piernas. Vamos a reflexionar, pues, a partir de su necesaria existencia.

Totalitarismo es sinónimo de estatismo, aun cuando el mal uso del término le haya dado, además, otras connotaciones. Ya que es igual, utilizo la palabra totalitarismo porque molesta. Doy a la palabra totalitarismo el sentido que corresponde y que en este caso es el que su etimología indica: total. Total, que está presente en todo, que controla todo; y así precisado, lo contrario de todo es nada o una parte. Entonces, lo contrario de totalitarismo no es democracia, porque puede haber una democracia que se ocupe de todo. Tampoco es lo mismo que dictadura, porque puede haber una dictadura que no se ocupe de nada. Vayamos al ejemplo.

Un gobierno elegido por el pueblo en el más limpio de los comicios, respetuoso de las minorías, que no avasalla los derechos humanos, que cumpliendo con todos los pasos legislativos, de acuerdo con las leyes, promulga una ley que es expresión de la voluntad popular manifestada por sus representantes, que siguiendo su camino da origen a una reglamentación efectuada con todos los recaudos pertinentes, la cual determina que en determinado lugar debo tener obligatoriamente un roperito de tantos centímetros por tantos centímetros por tantos centímetros (alto, ancho y profundidad) para colgar el saco cuando llego al trabajo, es democrático, y a la vez más totalitario que un dictador que se eligió a sí mismo y que con el fundamento de su real gana le importa un rábano dónde puedo colgar mi saco cuando llego al trabajo.

Las formas de acceso al poder, las formas de gobierno y las formas de los mecanismos de decisión son independientes de las decisiones en sí.

Aclarado lo que es o lo que entiendo por totalitarismo, mi tesis es que el totalitarismo, en los hechos, es el común denominador de todos los sistemas político-económico-sociales, desde los liberales hasta los marxistas, y de todas las formas de gobierno, desde las republicanas hasta las tiránicas; que todo estado es todo lo totalitario que puede, y que las razones de que así sea son: una, que el estado es para el estado un valor absoluto; y otra, que el totalitarismo eficiente es, consciente o inconscientemente, el deseo del «número suficiente». Esta afirmación no incluye el juicio de valor. Luego veremos.

Que en los hechos el estado es para el estado el fin supremo, así lo niegue o lo disfrace; que el estado es para el estado un dios, se lo crea o se lo use como tal, explica que, en los hechos, esté por encima de los hombres. Está por encima de cada hombre porque está al servicio de «todos» los hombres. Es una estructura que cuida de la especie, o del grupo dentro de la especie, y no puede ser de otra manera. Esto explica que un país se considere importante cuando es rico y poderoso y no cuando los hombres que viven en él viven mejor, y de una circunstancia no deriva necesariamente la otra. Por la misma razón, lo que es inmoral o delito para un hombre, no lo es para el estado. Una es la ley para el estado y otra es la ley para los hombres. Por eso frente a

«razones de estado», en los hechos, todo se inclina. Un valor absoluto si tiene poder lo usa indefectiblemente para hacerse reconocer como tal. Consecuencia pues de pretenderse valor absoluto y de tener poder es que el estado llega a ser, necesariamente, todo lo totalitario que le permitan las circunstancias; esto es, controlará todo lo que pueda. Incluso, llegará a controlar que no se controle.

La razón que esencialmente lo mueve en dirección al totalitarismo implica su constante tendencia al crecimiento, e inversamente, su crecimiento lo lleva en dirección al totalitarismo porque la burocracia busca justificar su existencia. La tendencia al crecimiento, además, también es de su esencia, porque su crecimiento aumenta su poder político —vivir del estado hace más difícil criticarlo— y con ello el poder del «número suficiente» que lo vehiculiza; para mejor o para peor, de buena o de mala fe.

La otra razón del totalitarismo es que el «número suficiente» quiere precisamente eso: el totalitarismo. Anhela el totalitarismo, lo anheló siempre. El totalitarismo eficiente, desde luego, pero totalitarismo de todos modos.

Cuando sostengo que el «número suficiente» desea el totalitarismo, lo digo porque el «número suficiente» quiere que el estado le dé seguridad, le asegure el sustento, le garantice el trabajo y su seguridad en él, que cuando ya no pueda trabajar disponga de una jubilación justa y que, cuando se muera, la familia quede amparada y que mientras no se muera sus chicos sean cuidados cuando él va a trabajar. Quiere que el estado le brinde una vivienda digna en la que pueda estar seguro de que en ella podrá formar una familia. Quiere que le garantice la moral «promedio», el acceso a la cultura, la salud, las vacaciones, las condiciones sanitarias y el esparcimiento. Y quiere que vele por él en todo lo que sea: vigilará la pureza de los alimentos que ingiere, para estar seguro de que no comerá cerdo con triquinosis, ni abrirá latas que causen botulismo, ni tomará leche con aftosa; quiere cruzar la calle protegido por el semáforo, y tener en el mar el apoyo del guardavidia. Y etcétera, hasta el infinito. Y dice mal cuando dice que quiere que le afiancen la libertad, cuando lo que quiere es que le afirmen su seguridad. La libertad no se puede asegurar porque es lo contrario de seguridad. No digo que las seguridades estén bien o mal, no hago un juicio de valor ahora y aquí; expongo un hecho, y sólo digo que las seguridades tienen un precio y que hay que elegir entre pagarlo o no tenerlas. Desde ya puede anticiparse que la prima es cara.

El límite del totalitarismo se corre todos los días, porque cada día hay nuevas necesidades y satisfacerlas es el sustento del estado, el *modus vivendi* de los «más aptos» y el famoso bien común.

En resumen, que el «número suficiente» quiere un estado eficiente, activo y omnipresente, que en todos los aspectos de la vida le dé seguridades. Y un estado que se ocupa de todo, necesariamente debe controlar todo, meterse en todo, y eso es precisamente lo que se llama totalitarismo, que de ahí le viene el nombre.

Como por una parte la historia, en cómputos del tiempo histórico, toma el rumbo que le marca el «número suficiente», y por la otra el político de éxito es el que interpreta al «número

suficiente», se completa un circuito que augura al totalitarismo eficiente un futuro de éxitos al ritmo del avance tecnológico.

El totalitarismo eficiente, consciente o inconscientemente, es el anhelo del «número suficiente» desde Estados Unidos hasta Rusia, pasando por la Argentina y Suiza, por señalar que es el común denominador de sistemas político-económico-sociales y formas de gobierno dispares. Tanto en Estados Unidos como en Rusia, la Argentina o Suiza, el estado controla todo lo que puede, desde la seguridad del estado y del grupo, hasta la profundidad del dibujo de los neumáticos de los vehículos, pasando por toda la gama que va desde lo uno hasta lo otro.

En todos los sistemas hay un señor que tiene necesidad o se siente obligado a confeccionar ordenanzas, a meterse en la vida de los demás, y son ellas las que tiñen la vida de todos los días por encima de los grandes lineamientos. En todos los sistemas hay gente, con buena o mala voluntad, a la que le resulta fascinante ver a todos computados y en fila, tal vez porque hay quienes si no están computados y en fila se sienten desolados y se vuelven dañinos, o tal vez por ambas cosas a la vez. Desde luego, sin perjuicio de que computar y poner en fila a los demás no es la manera más difícil de vivir. No hay salida, porque el poder que se ejerce para gobernar es el mismo que sirve para usarlo en provecho propio y abusar, y si no se otorga poder a quienes deben gobernar otros serán los que se abusen.

Voy a señalar algunos puntos débiles del totalitarismo.

El primero se refiere a la libertad. Sin ahondar en este difícil tema, ni entrar a distinguir los planos en que se la puede considerar, sintetizo: seguridad es no riesgo, y riesgo condición de libertad; por tanto, seguridad se paga con libertad. Ninguna de las dos es posible de obtener totalmente, pero entre ambas hay una relación proporcionalmente inversa. Los humanos queremos por un lado seguridad y por el otro, contradictoriamente a la vez, libertad, pero ya vimos que seguridad y libertad se contraponen.

Cuando digo que el «número suficiente» prefiere el totalitarismo, lo digo porque en el «brete» entre la seguridad y la libertad opta por la seguridad; siempre lo hizo, por mucha simpatía y nostalgia que sienta por la libertad perdida. El «número suficiente» no quiere la libertad de morirse de hambre, pero la libertad tanto incluye el riesgo de morirse de hambre como la posibilidad de matar de hambre, porque la libertad que permite optar por el bien es la misma que permite equivocarse y elegir el mal.

En la misma medida en que el hombre prefiere seguridad es más «animal social». Es más disciplinado y llega a sentirse, creerse y parecer más libre, cuando en realidad lo que está es más seguro. Diluyendo nuestra responsabilidad en las decisiones del conjunto nos sentimos menos responsables, y en grupo sentimos que corremos menos peligros. No es por nada que las palabras seguridad y social aparecen muchas veces juntas. No estoy opinando si ello es bueno o malo; sólo estoy señalando el hecho. Esta relación inversa juega no sólo internamente dentro de una nación, sino y también en relación con otros pueblos. Es el caso en el que la seguridad de una nación va en desmedro de la libertad de otra.

La segunda objeción es que quienes ejercen el poder, desde el estadista que maneja los grandes conceptos, hasta el inspector que busca la roña de las pequeñas ordenanzas, son humanos y, por tanto, iguales por naturaleza a quienes no lo ejercen. De ningún lado resulta que van a ser éticos, capaces, y que van a decidir las cosas bien. Un señor que persigue su interés particular, convertido en funcionario, por este solo hecho no cambia misteriosamente su naturaleza y empieza a perseguir el bien común en lugar del propio. No es así, ni a la inversa tampoco; sin embargo así funcionan las cosas. Y lo más grave es que no podrían funcionar de otro modo. Detrás de cada ley, reglamento, sentencia, dictamen, actitud, etc., hay hombres que están ejerciendo su cuota de poder, que si son buenos, bien, y si no lo son, mal.

Un tercer inconveniente es económico, pero se justifica referirse a él por separado. Tal vez en otra ocasión.

Ser totalitario eficiente es el sueño, confeso u oculto, de todo gobierno, pero si no hay medios, capacidad ni técnica el totalitarismo resulta ineficiente. Cuando la ineficiencia excede el límite, que tolera en diferentes grados cada sociedad según sus circunstancias, el «número suficiente» empieza a buscar el «chivo emisario» de la torpeza colectiva, que son los torpes que salieron a su cabeza, esto es, el gobierno. Los que pueden recurren a la opresión policíaca, pero igualmente hay un límite de ineficiencia y opresión que, sobrepasado, hace que los gobiernos caigan por el voto o por la fuerza. Los pueblos no derriban a los gobiernos por democráticos o dictatoriales, por legítimos o no; los derriban por ineficientes para brindarles el totalitarismo eficiente que desean. La eficiencia incluye no tener necesidad de oprimir policíacamente. Los países con más capacidad, tecnología y mejor economía pueden practicar un totalitarismo relativamente eficiente, inclusive a costa de otros países. La eficiencia en proporcionar seguridades deja a «todos» contentos y no hay necesidad de oprimir policíacamente. A su vez, la no opresión policíaca permite soportar mejor la contradicción seguridad-libertad, sin perjuicio de que la eficiencia permite realmente brindar más seguridades.

El Apocalipsis, que es oscuro, me parece claro en sus versículos 13, 16-17: «Hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese una marca en la mano derecha y en la frente, y que nadie pudiese comprar o vender, sino el que tuviera la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre».

Formas

La forma no puede ser más importante que el fondo, por eso en el fondo buen gobierno es el que gobierna bien y mal gobierno el que gobierna mal, y eso depende de los hombres que gobiernan y son gobernados más que de la forma que tenga el gobierno. El fondo de la cuestión es, pues, siempre el mismo: el hombre, el corazón del hombre, la naturaleza humana. El ideal es, desde luego, un gobierno que además de gobernar bien tenga linda forma. No se discute.

Por ser la forma «una cuestión- de forma», y temporal, los cristianos hemos compartido la mesa o les hemos hecho la vida imposible tanto y por igual a emperadores y déspotas que se eligieron a sí mismos, como a presidentes y jefes de estado elegidos por el pueblo. Tenemos santos que han sido tiranos y réprobos que han sido republicanos. Medimos las cosas con otras pautas. Tan son otras pautas que tenemos santos en lugar de héroes, que hay héroes con dificultades para rendir cuentas en el Tribunal de Dios y santos que admiramos y veneramos por más tonterías que hayan dicho y hecho.

La democracia es una linda forma de gobierno, a pesar de que cada día es más totalitaria, de que no es inmune al cáncer de la burocracia, de que no ha encontrado los mecanismos para que no sea el estado el que informe sobre sí mismo y a pesar de que las técnicas modernas permiten manejar relativamente la opinión en el corto plazo, porque todo esto también sucede en las formas de gobierno que no son lindas. Y sigue siendo una linda forma de gobierno, a pesar de que el derecho al voto es en realidad sólo un derecho de opción, porque algo es más que nada; a pesar de que las mayorías se equivocan —las minorías también—, porque «sarna con gusto no pica»; y a pesar de que la voluntad de todos expresada por representantes es una fantasía en cualquier país con más de diez habitantes, porque es una fantasía simpática, como los Reyes Magos, que hacen el bien aunque no existan.

IV - Cristianismo

Si veo la realidad tal cual la expongo me Van a preguntar qué clase de cristiano soy, porque de lo dicho resulta un pesimismo histórico que no condice con el optimismo que para el cristiano deriva de que Dios es «el Señor de la historia» y quien la conduce. Sin embargo no es así, porque, para mí, el optimismo no deriva de conocer una buena explicación sino de creer que debe de haber una buena explicación que no conozco ni puedo conocer. Es obvio que el hombre no puede entender a Dios ni tener esta pretensión. Tampoco corresponde que lo justifique. Es una irreverencia ingenua. ¿Por qué Dios permite que sufra un niño? No sé. Si hubiera querido que lo supiera me lo habría dicho.

Dicen las sagradas escrituras que terminada la creación Dios «vio ser bueno» lo que había hecho, y entonces así no más debe ser, y lo creo aunque no lo pueda entender. No lo puedo entender porque Dios «ha hecho necedad la sabiduría de este mundo». Debemos aceptarlo incondicionalmente y, además con ilimitada confianza porque la experiencia nos enseña que ni el mal se paga, ni triunfa la justicia, ni la verdad se impone, ni..., etcétera. No sólo lo digo yo; en alguna parte lo dice el Eclesiastés, y no recuerdo ninguna en la que diga que eso se va a modificar. Por alguna razón los cristianos rezamos «en este valle de lágrimas». Que acepte la obra de Dios, no quiere decir que me caiga simpática la realidad tal cual la veo, la siento y la razono desde mi humana condición. Ni tampoco quiere decir que deba forzar argumentos para hacerlo «quedar bien».

No sólo no me simpatizan las leyes de la Naturaleza, sino que me pudren, y me pudren en ambos sentidos de la palabra. No acepto mansamente el orden natural. Me declaro en guerra contra su cruel tiranía. No presto mi conformidad a un orden que ha establecido que yo nazca en medio del dolor, hambriento y desvalido, y que apenas consciente de mi existencia decide que comience a deteriorarme y envejecer; que ha dispuesto que sepa que he de morir, al par que sienta que no lo quiero; que me hizo curioso por la verdad y que a la vez no me deja conocerla; que programó que vea morir a los que quiero y que los que me quieren me vean morir de golpe o de a poco; que ha decidido un orden social y político necesariamente injusto al dar a cada uno mejores o peores condiciones y circunstancias que al otro, de manera tal que a unos toque vivir de una manera y a otros de otra, eso que llaman destino...; que ha decidido que todo sea perecedero y fugaz, porque la fugacidad no es cuestión de años más, años menos; en fin que se complace en molestarme todo el tiempo.

No quiero ser parte de ese plan. No soy un eslabón de su cadena. No soy un engendro en evolución. Me niego a ser una fugacidad innominada que cumple su ciclo en una especie y en una sociedad destinadas a la nada. No me someto a sus normas. Cuando acato es por la fuerza, que es lo mismo que no acatar. No soy pueblo, no me siento género ni especie. No soy hombre social, rebaño, masa, jauría, turba o multitud. No quiero marchar con el rumbo de la manada. No quiero renunciar a la libertad para eludir el riesgo, no quiero renunciar a la individualidad para eludir la soledad. No quiero identificarme con el grupo al precio de la libertad y la individualidad. No quiero nada de eso.

Quiero, por el amor de Dios que todo lo puede, ser inmortal, indestructible, sin temores ni razón para tenerlos, estar en dos lugares a la vez, atravesar las paredes, hacerme invisible, mover las montañas, desviar los ríos, hacer temblar al malvado en mi furia... Como por débil, por razonable, por no tener corazón limpio, por cobarde, o por falta de fe, no puedo lo que quiero, cedo de mala gana a la coacción legítima o ilegítima y me refugio en el reducto de mis pensamientos y desde él desobedezco sistemáticamente, y cada vez que puedo me río. Me río y me rebelo de la única manera en que es posible rebelarse: irracionalmente. No hay otra, porque en los humanos la razón también está dentro de los planes de la Naturaleza.

Y entonces, como no hay solución dentro del orden natural, —lo que tiene que ver con aquello de «sin Mí nada podéis»—, quiero regirme por un orden que no sea el natural, que no me sea impuesto, que sea mío por decisión mía, y que obviamente no puede ser otra cosa que sobrenatural, misterioso, irrazonable y milagroso. Quiero ser pensante soberano, dios inmortal, no de los demás sino mío, y quiero mirar la realidad -desde otra dimensión, aun a riesgo de incurrir en insensatez y locura.

Fugacidad atrapada en el tiempo y en el espacio el hombre no tiene salida. El orden natural me parece triste, inmoral y absurdo y su porqué inexplicable. La realidad científicamente demostrable y verificable me parece un disparate insólito y extravagante, desde la historia de la materia y de la vida hasta nuestra condicionante biología. Por tanto, para mí, está demostrado y verificado que el hecho de que algo nos parezca disparatado no es argumento para que no sea una realidad y que la condición de demostrable y verificable no convierte en razonable lo insólito y extravagante, del mismo modo que lo disparatado, insólito y extravagante no pierde su condición de verdad y realidad por el solo hecho de no ser científicamente demostrable y verificable.

En consecuencia, acepto irracionalmente —que es lo razonable- los disparates que me propone el cristianismo y dentro del cristianismo el catolicismo. Las ideas delirantes de que se trata armonizan con la absurda y misteriosa realidad y no es coherente pretender interpretarla con la lógica de la razón. ¿Salvación de qué? Salvación del orden natural. Entonces sí soy una entelequia. Si soy mi propio dios, que no es ser el dios de los demás. Adhiero a Sartre en cuanto a que «el hombre es el ser que quiere ser Dios», pero no adhiero en cuanto a que todos lo quieren por igual, porque hay quienes se complacen en su fugacidad animal y hocican mansamente ante la «ley de la selva»; ni en cuanto a que es «una pasión inútil», porque sí soy dios desde que Dios me hizo «a su imagen y semejanza». Sin el sustento de Dios no se puede ser dios. El intento es el ángel caído, el mal.

Los planes de la Naturaleza, las leyes que rigen este mundo, no se pueden cambiar. El cristianismo, que es una locura realista, no los vino a cambiar. Vino a salvar al hombre de todo eso, para que el que quiera, aun en medio de todo eso, pueda quedar fuera de todo eso. Y como yo quiero quedar fuera de todo eso, me simpatiza el cristianismo, porque pelea al orden natural desde lo biológico hasta lo político.

Los planes de la Naturaleza establecen que debemos morir; luego, la gente razonable se muere.

Y bien, los cristianos no nos morimos nada. Parece, pero no. Simplemente nos cambiamos de lugar, y a uno mejor, ni que hablar; los planes de la Naturaleza establecen la prioridad de la especie, del grupo, de la nación, del estado, de la sociedad, de la comunidad, de lo colectivo, de las estructuras, de las instituciones, por sobre el individuo; procuran el bien común, el interés general, la solidaridad social, la guerra, el predominio de un grupo sobre el otro, etcétera. En la disyuntiva de tener que matar a un hombre para salvar a toda la sociedad de la muerte, las sociedades razonables, que no pueden dejar de ser todas, lo matan, no quepan dudas; no importa si culpable o inocente, ya encontrarán razones o excusas. Los cristianos no lo matamos, porque uno solo es más que «todos». No es natural, no es razonable, pero es cristiano. Y para encontrarle solución a lo que no tiene solución no sirve el eufemismo de que «la sociedad es para el individuo y no el individuo para la sociedad», ni que el «bien común es el conjunto de condiciones que hacen más fácil una mejor vida para «todos» ¿Todos? El cristianismo no propone el bien común; propone algo que es muy diferente. Propone el bien de todos los cada uno sin excepciones, y, obviamente, esto no es posible si no es prodigiosa, milagrosa y sobrenaturalmente.

Los cristianos no somos razonables, o en todo caso razonamos mejor que nadie pero con la lógica de los locos, o sea, a partir del absurdo. Jesús de Nazaret vino a este mundo y, para los cristianos, puso todo patas arriba sin mayores explicaciones. Esto es muy atrayente porque patas abajo no me gusta.

Si creemos en Jesús de Nazaret, que no fue razonable, que no tuvo miramientos con el orden natural, empezando por la biología, desde que no nació del amor humano y resucitó después de estar bien muerto; ni con la física, porque cuando le vino bien se fue caminando sobre las aguas; ni con la química, porque hacía vino con el agua; ni con el orden natural político, porque «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres», o sea, que la ley injusta no obliga, y como es opinable la justicia de la totalidad de las leyes, en su formulación o en su aplicación, no se puede gobernar a ningún cristiano, y etcétera. Si nada tiene que ver con el orden natural, y por tanto con lo razonable, desde que el catolicismo se funda en misterios: Dios es Uno y Tres a la vez, se hace Hombre, es Todopoderoso, pero sufre y lo matan, comemos Su Carne y bebemos Su Sangre, etcétera. Si los últimos son los primeros; si el que pierde la vida la gana; si son felices los que lloran, los que padecen persecución, los pobres, los insultados; si hay que poner la otra mejilla; si hay que amar a los enemigos; si tenemos que ser pobres y ayudar a los pobres para que dejen de serlo; si tenemos que dar de comer al hambriento y practicar el ayuno, evitarle el dolor al prójimo y mortificamos; si hay más alegría por un pecador que vuelve que por noventa y nueve justos que perseveran; si los publicanos y las prostitutas van a entrar primero en el Reino de los Cielos, etcétera. Si veneramos santos que son «locos lindos», pero «locos» de cualquier manera; desde el que se pasea vestido con piel de camello gritándole de todo al que manda, que por supuesto le corta la cabeza, hasta el que vive arriba de una columna, pasando por el que canta mientras se lo comen los leones y el otro que se pone a conversar con los pajaritos, y etcétera, porque el santoral es un catálogo de violadores del orden natural, y que para ingresar en éste se debe demostrar antes que efectivamente se lo violó bien violado haciendo milagros que, entre otras cosas, son precisamente eso: hacer caso omiso de las leyes de la Naturaleza, y para que no queden dudas

deben hacerlo, además, después de estar muertos. Si hacemos todas estas cosas, que me parecen estupendas, ¿me quieren decir de dónde nos viene la manía de querer convencer y convencernos que somos gente razonable y explicar sesudamente que nuestras normas de conducta responden al orden natural, en el que de alguna manera pretendemos fundar su validez, por lo menos ante los profanos?

Como cristianos de estos tiempos, el «siglo» nos sorprendió y, como Pedro, fuimos cobardes por un momento. En lugar de predicar nuestra escandalosa y loca verdad, tuvimos vergüenza de que no fuera razonable y buscamos razones humanas a los motivos de Dios, cometiendo de nuevo el pecado por el que nos echaron del Paraíso.

Tuvimos vergüenza de que no fuera científica y técnica y no proclamamos que nuestra visión del Universo es antropocéntrica porque Dios se encarnó. No gritamos que la triste situación de la humanidad no es la consecuencia de la falta de razones, ni de técnica; ni de totalitarismos socialistas o liberales, o de todo lo contrario; sino que es la consecuencia de la falta de amor del hombre individual.

Pensamos que era cómplice de injusticias terrenas y no profetizamos decidida y suficientemente que las miserias humanas, desde el egoísmo, la pobreza y el hambre hasta el terrorismo y las guerras sólo podrán superarse cuando el hombre individual supere sus miserias y que sólo las puede superar cuando encuentra a Dios.

Porque escuchamos: «El que no está contra mí, está conmigo», quisimos armonizar con el «siglo» y por ello caímos en la religiosidad profana que formula propuestas técnico-temporales sobre política, economía y sociología; en la religiosidad que se preocupa más de las estructuras que del hombre, más de «todos» que de cada uno, sin enfatizar que el comportamiento de «todos» no es más que la consecuencia de que el hombre individual, el único que existe, no acepta incondicionalmente a Dios. Y esta es, en definitiva, la razón por la que el hombre individual sigue siendo unidad descartable para las estructuras que ejercen el poder. Lo descartan sin odio, ni amor; sólo porque es ley de la vida. Nada personal, al que le toca, le toca; como los asesinos por encargo.

Me agradecería, entonces, que no me insistan con el tema del orden natural. No podemos tomarlo como referencia a partir de que el mal está instalado en el mundo. Natural son el egoísmo y la violencia, no el Amor. Si el Amor fuera natural Dios no hubiera necesitado venir a revelarnos que ahí está el secreto, como no necesitó venir a decirnos que debemos alimentarnos. Y si estuviera al acceso de la lógica de la razón y fuera fácil no estaríamos matándonos y sojuzgándonos unos a otros todo el tiempo. Me agradecería que no me den explicaciones racionales de lo sobrenatural. No es que la razón no sirva, puesto que es la misma razón la que me dice: aquí no me uses. No me expliquen los misterios y sigan llamándolos misterios. No me funden en razones humanas las normas religiosas. Por la fe creo que esto o aquello es de determinada manera porque así lo dispuso Dios. Mi intelecto comprende que es de la esencia de Dios que yo no lo pueda comprender y, entonces, no es sacrificio intelectual aceptarlo y acatarlo. Pero me irrita cuando me dan razones profano-técnico-científicas para hacerme ver cuáles son las razones de Dios, cuán razonable es El y cuán natural, científico y racional es que haya dispuesto que esto o

aquello sea así o asá. Me irrito porque me enfrentan con lo humanamente opinable y, desde esa sola perspectiva, sí me podría resultar un sacrificio intelectual que pudiera no depender de mí vencer.

Claro que esta loca actitud no es fácil porque hay que amar a un montón de gente que es una basura, porque la Naturaleza nos somete con la enfermedad, el cansancio, los sentimientos, los razonamientos, los requerimientos del cuerpo y hace grotesca la rebelión de la dignidad amansados en la indignidad; y porque aun doblegada, «la Naturaleza se va al paso y vuelve al galope», y en cuanto nos descuidamos nos volvemos razonables, que es un instinto más que ella nos puso, y entonces, de repente, con toda lógica, nos encontramos persiguiendo a nuestros enemigos en vez de amarlos y que Dios se apiade de ellos si los alcanzamos; y hacemos todas las cosas que hace la gente razonable. La gente razonable finalmente se somete a los planes de la Naturaleza, a la «ley de la selva», hace la guerra, respeta la ley de la gravedad, y las otras, defiende sus derechos, se muere de verdad y para siempre, lo acepta mansamente, y razona que la dignidad radica en asumir con dignidad que somos gusanos transitorios destinados a podrirnos antes de ser nada. A veces dudo sobre quiénes son más locos, pero igual ya tengo partido tomado.

V - Cristianismo y política

Lo político se desenvuelve dentro del orden natural. Se rige por las leyes que rigen el Universo. La historia colectiva sigue su curso sin la interferencia de milagros. Años más, años menos, los prodigios terrenos son ilusiones develadas. Los truenos ya no son la ira de los dioses y las brujas dejan de existir. Lástima haberse asustado. Lástima haberlas matado. La ley de la gravedad es acatada sin discusión; con un pan come uno, no cinco mil; los pueblos hacen la guerra; las cosas funcionan de acuerdo con razones, y la fuerza es una de ellas. No existe posibilidad de que pueda ser de otro modo. Ni el estado, ni los grupos, ni la moral pública, pueden «poner la otra mejilla», perdonar indefinidamente, «amar al enemigo» y «dar el manto y la túnica». En lo político no hay misterios, las verdades son científicas, la inteligencia no puede hacer otra cosa que aceptar y, entonces, el hombre no es libre.

Hasta ahora, lo político no ha fracasado. La especie humana no se ha extinguido, detenido ni involucionado; por el contrario, «la vida es lucha» y la humanidad sigue la suya victoriosamente, se extiende en detrimento de otras especies y evoluciona sometiendo, sumergiendo y descartando dentro de ella a los grupos y unidades que no se adaptan. Los depredadores, sin saberlo, siguen velando por la especie.

A diferencia de lo político, el cristianismo se desenvuelve dentro del orden sobrenatural, incluso en lo referido a la fugacidad terrena que mediatiza y convierte en sagrada. Dentro de él todo es posible, porque «para Dios nada hay imposible». Sus verdades son verdades de fe, provienen del conocimiento interior, de la revelación y de la experiencia personal, esto es, no son científicas ni demostrables. Y qué me importa. Dios se oculta y no hay nada, ni siquiera en sus más portentosos prodigios, que no ofrezca un flanco a la duda; fina atención, porque, entonces, el hombre es libre.

El cristianismo tampoco ha fracasado. Los hombres que lo aceptaron tienen esperanza y/o, tal vez, viven ya la felicidad sin fin.

La sociedad no elige el orden al que se atiene; necesariamente, es el natural. Cada hombre sí elige el orden al que se atiene; puede optar entre el natural y el sobrenatural. Los cambios de un orden a otro son posibles. Las mezclas son el engaño y el autoengaño. Cuando suceden, que es a menudo, los resultados son perversos aquelarres, grotescos vuelos en machos cabríos, ridículas andanzas de ícubos y súcubos, absurdos tormentos, crueldad, estupidez y muerte. Y no puede ser de otro modo porque hay colisión entre ambos órdenes. La actitud frente a una misma encrucijada es irreconciliablemente diferente y en el caso de actitudes iguales los móviles son irreconciliablemente diferentes. Uno pretende prevalecer sobre el otro y chocan.

Chocan porque la moral que proclama Jesús de Nazaret es revolucionaria. Lo fue para su época y lo sigue siendo en nuestros días, violenta a la moral de la ley natural y, consecuentemente, a la moral de la ley político-jurídica, tanto en lo referido a lo individual como en lo referido a lo colectivo, y muy especialmente colisiona con la moral del estado, porque para el individuo, pese a sus dificultades, no es una moral imposible, pero en cambio sí lo es para las estructuras, factores de poder, grupos de presión y fundamentalmente para el estado. Pretender la moral cristiana para el estado es tan contradictorio como pretender un demonio bueno. Hace a la esencia del demonio no ser bueno, de modo tal que si es bueno deja de ser demonio. Lo mismo sucede con el estado; si

su moral fuera cristiana dejaría de ser la estructura estado, sería otra cosa. Además, para el estado lo primero es el estado, con la pretensión de serlo para todo el mundo. Para el cristiano sin duda que no lo es. Hay conflicto, pues, por más de un lado.

De no querer ver la existencia del conflicto por querer «servir a dos señores», nace el intento de recrear un cristianismo menos conflictivo y más cómodo, que termina aceptando, por lo menos de hecho, una moral pública distinta a la moral privada y que termina, también, por incursionar políticamente en lo temporal con métodos y propuestas profanas. Intento vano, desde luego, porque en ese punto deja de ser cristianismo y pasa a ser componenda.

De lo expuesto surge la pregunta: ¿cómo tomar parte en algo cuya moral no es la nuestra? Unos tienen una respuesta, otros tienen otra. Yo adhiero a la de los que piensan que todo lo que debemos hacer los cristianos es soportarlo a la manera cristiana, que ya iremos viendo cuál es, del mismo modo que soportamos otros males que misteriosamente Dios permite. Y ahí queden las cosas, porque los cristianos no son más cristianos en un estado «bueno» y menos cristianos en un estado «malo», cuento que de ser verdad no hubiera permitido el surgimiento del cristianismo en Roma. Sucede sí, en cambio, que cuanto más cristianos «de verdad» más débil es el estado, porque el cristianismo «de verdad» se opone a su necesaria moral y al hacerlo lo menoscaba y debilita. El estado no puede ser cristiano; si lo intentara dejaría de existir. ¿Cómo no va a haber conflicto?

A la Iglesia se le endilgó oportunamente ser útil a la opresión, la tiranía y los intereses del poder; y, también, de legitimar la esclavitud, la servidumbre y la pobreza, con el pretexto de dejar la vindicación de las injusticias terrenas para el «más allá», sin aportar otras soluciones que una limitada caridad. A la sombra de estas imputaciones crecieron hermanados la irreligiosidad y los socialismos que, paradójicamente, resultan difíciles de imaginar si en el mundo no hubiera hecho previamente su aparición el cristianismo.

Tanto se culpó a la Iglesia su preocupación por darle al hombre individual respuesta al problema del sentido último de la vida y de la muerte y de no ocuparse de los problemas socio-políticos, que el contexto histórico y la coyuntura fueron gestando la Doctrina Social. Caímos en la trampa y entramos a hablar y a discutir de economía, sociología, derecho laboral, administrativo, político, etcétera; de la misma manera que antes habíamos entrado a equivocarnos sobre astronomía, geografía, antropología, historia, evolución, sexo y ya ni me acuerdo. Está bien, no importa. No cambia nuestra fe; ni nuestro amor por la Iglesia, que somos nosotros. Sólo recuerda que el hombre se equivoca; y que salvo excepciones los de la misma generación se equivocan todos igual. Las excepciones también se equivocan, sólo que igual que los de una generación más adelante. Es todo. Dios oportunamente «endereza los caminos».

En esta ocasión me parece que «pisamos el palito» porque en nuestra respuesta al momento histórico no enfatizamos suficientemente que las miserias socio-políticas son la consecuencia de las miserias del hombre individual y que en la misma medida en que se solucionan las miserias del hombre individual se mejora la justicia social; que el hombre individual sólo puede superar sus miserias cuando encuentra a Dios; que a Dios sólo lo puede encontrar en Cristo, que es Dios

encarnado para que el hombre pueda encontrarlo; y que ayudar al hombre a encontrarlo es la misión de la Iglesia. De modo, pues, que el mayor favor que ha hecho, hace y puede hacer la Iglesia a la humanidad es ocuparse de ayudar al hombre individual a encontrar a Dios. Así de sencillo y complicado, misterioso y reconfortante.

El mismísimo Marx, no obstante todas las construcciones intelectuales que hizo para lograr un cambio radical de las estructuras, en alguna parte advirtió que es imposible modificar las relaciones sociales y económicas sin cambiar primero al hombre, aunque, en círculo vicioso, haya pensado en cambiarlo, previamente, por la presión de lo político. Y así es porque el hombre no cambia por el sistema, o, tal vez, lo haga sólo fugaz y aparentemente; es al revés, es el hombre, el «número suficiente», el que hace el sistema político «de la realidad». Manipular primero las estructuras es «tomar el rábano por las hojas». Y modificado el hombre ¿a qué preocuparse de las estructuras? Se adecuarán solas.

Ahora bien, el hombre cambia únicamente de acuerdo con su concepción individual del sentido último de la vida y de acuerdo con su respuesta, consciente o inconsciente, ante el problema de la muerte. Marx dio su respuesta: el sentido último de la vida es el trabajo, la lucha por una sociedad sin clases, el progreso de la humanidad, etcétera. En cuanto al destino individual: la muerte es el fin de todo. Dijo que así seremos muy felices. A mí, francamente, esta respuesta no me resulta para nada satisfactoria. Simpatizo, en cambio, con la respuesta del cristianismo y de la Iglesia. Me fascina la idea de resucitar e irme al cielo. Sin apuro, desde luego.

No estoy soslayando las imputaciones hechas a la Iglesia. Le corresponden, las que corresponden, por haber hecho política; no por haberla hecho en un sentido o en otro. No hay ningún sistema político «de libro» que tenga, ni remotamente, las exigencias que tiene el cristianismo «de libro» respecto del prójimo, las que, cumplidas, serían el cambio más radical pensable en las relaciones sociales y económicas.

La pregunta viene sola. ¿Entonces, en qué se diferencia de los sistemas políticos en cuanto a que también son «de libro» y «de la realidad»? La diferencia radica en que los sistemas políticos están referidos y tienen por objeto lo colectivo, aunque, como consecuencia, afecten al individuo; por tanto, no tienen vigencia si el «número suficiente» no lo practica y no son practicables porque, previamente, tendrían que cambiar al hombre. En cambio, el cristianismo tiene por objetivo y es una invitación a cada hombre individual, aunque, como consecuencia afecte lo social; de modo, pues, que tiene vigencia y queda plenamente realizado en cada hombre que lo acepta aun cuando no sea un «número suficiente».

Respecto de todas estas cosas hay una palabra que escuchar y es la de la Iglesia. Está expuesta en lo que se ha dado en llamar la Doctrina Social, constituida por las encíclicas, documentos conciliares, episcopales, manifestaciones públicas reiteradas y concordantes de la jerarquía, publicaciones católicas, etcétera. En definitiva, todo lo que es respuesta del magisterio de la Iglesia a los problemas de este mundo.

La Doctrina Social abarca muchos temas diferentes; incluso el mismo tema se repite referido a

circunstancias y oportunidades diversas de modo que con respecto a ella es posible reaccionar coincidiendo con entusiasmo con motivo de algún documento relativo a determinado asunto o pena con respecto de otro, o con motivo, por ejemplo, de manifestaciones y actitudes de algunos obispos, sin perjuicio de seguir siendo católico en ambas ocasiones. No está en juego la infalibilidad y, entonces, un católico «común y silvestre» puede reflexionar disintiendo de buena fe en todo lo que considere conveniente.

Voy a empezar por el nombre «Doctrina Social de la Iglesia». No averigüe quién se lo puso, ni por qué, pero con el mismo criterio pudo bautizarla «Doctrina Política de la Iglesia». Así es no sólo porque lo social es parte de lo político sino, y además, porque la llamada Doctrina Social incluye rubros que también son políticos en la amplia acepción del término, tales como economía, trabajo, empresa y sociedades; temas específicamente políticos como el estado, su naturaleza, finalidad y funciones, formas de gobierno, sistemas políticos, leyes civiles, e incluso comentarios de actividades decididamente políticas.

Considerando que lo político y el cristianismo pertenecen a planos tan ajenos, no es absurdo preguntarse: ¿puede existir una doctrina social, económica, laboral, en suma, una doctrina política cristiana? Adhiero a quienes contestan: si es cristiana no puede ser política, y si es política no puede ser cristiana, por la misma razón que no puede ser rectangular o cuadrada, verde o azul. Nada que ver. Creo que no existe una doctrina social cristiana para arreglar o mejorar este mundo, en el sentido en el que naturalmente se entiende que estaría mejor, de la misma manera que no existe una doctrina sobre mecánica cristiana para arreglar motores. En consecuencia, sobra la palabra social. Sólo existe una doctrina, llámese cristiana, católica o de la Iglesia; da igual, porque es la misma. Veamos.

Las normas cristianas van dirigidas a cada hombre en particular, y le son propuestas a lo más personal que tiene: su conciencia. Contrariamente a lo que sucede con las normas jurídico-políticas, su aceptación o no es una libre decisión individual que no puede ni debe imponerse a otros. Y las actitudes individuales en las relaciones interindividuales y por lo que respecta a las estructuras y grupos no importan una concepción de las estructuras ni la instauración legal de la concepción, sino de un modo de actuar dentro y frente a ellas, sean como fueren. Por tanto, si bien hay una actitud del cristianismo frente a lo social, igual que frente a lo político y frente a todo, incluidos la química y el clima, eso no es una doctrina social, porque repito, tal denominación supone una concepción cristiana de las estructuras temporales que, de haberla, además, debiera tratar de instaurarse legalmente en las estructuras profanas convirtiendo la norma religiosa en norma jurídico-política. No hay tal cosa. Eso no sería cristiano.

De cualquier manera, «el nombre no hace a la naturaleza de las cosas» y, entonces, lo que importa no es cómo se llame sino lo que es. Quede, pues, lo dicho como acotación, y empecemos de nuevo.

¿A quiénes van dirigidas las exhortaciones del magisterio que constituyen la doctrina social de la Iglesia? ¿A los gobiernos? ¿A la opinión pública para que los presione? ¿O a los cristianos?

La prédica tiene por finalidad que se lleve a la práctica lo predicado. Si se dirige a los gobiernos o a la opinión pública para que los presione, se busca la imposición de la doctrina predicada por medio de la coacción del estado, desde que la única manera que tienen los gobiernos de ponerla en práctica es legislar al respecto convirtiéndolas en normas jurídicas. ¿Qué otra cosa pueden hacer los gobiernos? Si este fuera el caso, sería una doctrina política, o social, como guste, pero no sería cristiana.

Si va dirigida a los cristianos, es la orientación de lo que los cristianos deben predicar con el ejemplo y la palabra a otros hombres para hacerlos cristianos, y para que actúen como tales, no por la fuerza de la ley temporal, sino por decisión propia.

En este caso es doctrina cristiana, que es lo que creo que es a pesar de algunos documentos, manifestaciones y actitudes que contradicen mi interpretación y es precisamente por ello que «cum animo colaborandi» presento pelea.

Presento pelea porque creo que cuando el cristianismo se hace mundano la evangelización ya no consiste en hombres cristianos haciendo cristianos a otros hombres y deja de ser evangelización. El cristianismo es instrumentado por lo político como consecuencia de querer mediatizar lo político. La evangelización es reemplazada por la dialéctica de estructuras con estructuras, factores de poder con factores de poder, grupos de presión con grupos de presión. Iglesia con gobierno, episcopado con sindicatos, políticos con obispos. Equilibrios, relación de fuerzas, lucha oculta, ánimo de prevalecer, ubicación de hombres en esta o en aquella función, acuerdos, desaveniencias, relaciones públicas. En suma: política. ¿Qué tiene que ver todo esto con el Evangelio? No me gusta.

No me gusta ver a mis obispos por televisión a la salida de reuniones con los poderosos, o aspirantes a serlo, que de religión les importa un rábano, contestando las preguntas del periodismo con palabras medidas, prudentes, reticentes, eufemísticas, diplomáticas, porque así lo exigen las circunstancias y las reglas del juego. Los quiero ignorantes de los poderes de este mundo. No me interesa que sean astutos componedores de conflictos e intereses políticos, ni legisladores de cuestiones civiles, ni bendicidores de armas, ni nada por el estilo. Por supuesto que no siempre es así, pero a veces ocurre. Tal vez, demasiadas.

Las incursiones en lo político, además de no ser cristianas, son negativas para la evangelización. «Los hijos de este siglo son más avisados» y nos llevan al campo de lo terreno, y ahí unos nos señalan como aliados de los opresores de un signo, y la verdad es que los opresores de ese signo muchas veces logran instrumentarnos. Pueden hacerlo porque tergiversamos el Mensaje y nos metemos donde no es debido. Opresores de signo opuesto vehiculizan a los que politizan su «opción por los pobres», y por tergiversar el Mensaje para poder utilizarlo «teólogos de la liberación» llegan a decir pavadas bastante importantes. En fin, que de uno y otro lado nos utilizan y cuando nos damos cuenta es bastante tarde y andamos haciendo piruetas para dar marcha atrás. No sucederían estas cosas si no hubiera pícaros ingenuos que intentan utilizar lo político para evangelizar.

Lo político carece de interés desde que las leyes civiles, como cristianos, ni nos relevan ni nos obligan, porque «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». Si pago un «salario justo»

porque se me obliga por la fuerza, como cristiano, es lo mismo que si no lo hubiera pagado, de la misma manera que si me llevan a la rastra a misa es lo mismo que si no hubiera ido. Está claro que lo que cuenta es la disposición interior y actuar conforme a ella.

¿Lo planteamos de otra manera? Bien. ¿Qué diferencia existe entre lo que dice el magisterio de la Iglesia y lo que dicen los políticos cuando dicen las mismas cosas?, porque decir las mismas cosas las dicen: «asumir responsabilidades», «contribuir al bien común», «vocación de servicio», «función social», «solidaridad», «salario justo», «vivienda digna», etcétera. Pareciera que todos hacen política o que todos hacen cristianismo. No es así.

En política proponer un «salario justo» forma parte de la propuesta para «arreglar» este mundo. Igual propuesta desde la perspectiva cristiana es sustancialmente distinta porque no tiene como finalidad que se «arregle» el mundo, y hasta diría que ni siquiera el que cobra; la propuesta es para que se «arregle» el que paga. Si no se entiende esta diferencia no se entiende nada.

Y esa partir de esta radical diferencia que la exhortación conceptual dirigida a la conciencia de cada cristiano no es retórica, como a veces pudiera parecer, sino que es algo que se concreta y practica permanentemente en cada cristiano que queda «arreglado». No hay que añadirle ninguna reglamentación, explicación técnica, demostrar nada, ni esperar ningún resultado, ni bueno ni malo. Ejemplo de resultado bueno sería haber solucionado un problema de justicia social. Ejemplo de resultado malo sería haber activado la inflación de modo tal que más adelante sean menos los que puedan resolver el mismo problema. No interesa. Es una cuestión política, técnica y opinable. El cristiano que procuró una «vivienda digna» automáticamente se «arregló», él como cristiano, no el mundo; incluso nada impide que pueda empeorarlo, de acuerdo con lo que temporalmente se entiende que es peor, porque el cristianismo no fue hecho para «arreglar» el mundo en ese sentido, sino para que se «arreglen» los cristianos en un mundo que no tiene «arreglo».

Políticamente se evalúa lo que es bueno o malo para la sociedad. La sociedad decide, acertada o erróneamente, por ejemplo: si la esclavitud, los tormentos, los privilegios, la pena de galeras, la brujería, las castas, la democracia, el racismo, el divorcio, el aborto o la guerra, etcétera, son buenos o no para ella y cuál es la velocidad máxima que conviene permitir a los vehículos. Como en el cuerpo humano, para evitar la gangrena se cortará por donde se crea necesario (léase, se sacrificará a quien convenga para los intereses de «todos»). Si la comunidad cree que la excesiva natalidad es causa de deterioro y peligro para el grupo, alentaré el aborto y hasta lo hará compulsivo. A la inversa, si cree que es conveniente que aumente la población por razones geopolíticas o lo que sea, lo convertirá en delito. En unos casos decidirá que debe sacrificarse al nonato y en otros a la madre. Si la comunidad considera que el divorcio la puede perjudicar, lo prohibirá, y mala suerte para los que se quieren divorciar. Caso contrario lo permitirá, y mala suerte para los afectados. Como a veces las sociedades tienen pudor y sienten la necesidad de una excusa, las razones exteriorizadas para fundar lo resuelto son consecuencia de lo resuelto y no lo resuelto consecuencia de las razones exteriorizadas, aunque, desde luego, esto no sea evidente.

Las sociedades que se equivocan en sus decisiones, que no las rectifican a tiempo, que no son

capaces de acertar y cumplir con las medidas adecuadas, corren riesgo de estancarse, involucionar, ser sometidas, terminar en una «reservación» o extinguirse. Pierden en la «lucha por la vida».

Políticamente no pueden tomarse decisiones según contraríen o no las normas cristianas. Y cristianamente no procede imponerlas por la fuerza sobre el fundamento de que «es cristiano», «así lo dispuso Dios», «los designios de Dios son inescrutables» y «Dios proveerá», o reventemos todos pero «nos ganamos el cielo». Tampoco pueden imponerse las normas cristianas por la fuerza sobre el fundamento de que son humanamente razonables y exitosas para el grupo. Una, porque podrían no ser, o parecer, razonables y promisorias para el grupo. Y otra, porque sería tener que entrar en lo técnico-temporal, a cuyo respecto nadie discute que no corresponde.

La ética cristiana no tiene por qué ser y/o parecer progresista y conveniente para el grupo. La conveniencia y el progreso profano-temporal se siguen del acatamiento a la «ley de la selva». La «selección» descarta a los que tienen remilgos al respecto, tanto como a los que pierden compitiendo dentro de sus términos. Ganarán el cielo, pero aquí en la Tierra pierden.

Cuando se incurre en el error de mezclar las cosas, es posible terminar enojándose si alguien dice, inconcebiblemente, que la Tierra es redonda y se mueve. Así como con el correr del tiempo resultó que la Tierra es redonda y se mueve y que en otra ocasión alguien descubrió que la esclavitud es un mal pero que en aquellos tiempos «no se tenía conciencia» de ello, bien podríamos cometer hoy otros errores. Ahora parece ser que «tomamos conciencia» del «problema social». Sin perjuicio de que los ilotas, los siervos y unos cuantos más pudieran decir: vaya novedad, habría que considerar la posibilidad de que mañana alguien pueda descubrir, o no, que las leyes sociales para beneficiar a los sectores carenciados constituyen un grave perjuicio para dichos sectores, siendo por tanto tales leyes sociales una injusticia social alentada desde los púlpitos. Involuntariamente, desde luego, pero por metemos donde no es debido habrá que pedir disculpas, a lo mejor siglos después, por no haber «tenido conciencia» de este mal. Es desairado y no sería la primera vez que nos suceda.

Si matamos los yacarés se propagan las pirañas. Y, entonces, podría resultar, o no, que a fuerza de alentar la «justicia social» a través del estado, se obtenga un resultado contrario al buscado, como por ejemplo destruir la economía de modo tal que logremos que existan pobres que de otra manera no existirían; que el «salario justo» no sea el salario posible; la «vivienda digna» excusa de propaganda y negociados; que la actividad sea al costo de la miseria en otros países o de la miseria para poco tiempo más adelante; que estemos creando un contexto de seguridades, reales o falsas, que alientan el espíritu totalitario; que estemos cercenando libertades en detrimento de la creatividad; o de qué sé yo. Podría ser así o podría no ser así. Eso es lo que importa.

Por un lado, cacareamos la «defensa de la familia» y por el otro, a lo mejor, a fuerza de jardines, preescolares, asilos, hospedajes geriátricos, turismo geriátrico, asistentes sociales, psicólogos, empleados, funcionarios, subsecretarías y direcciones de la minoridad, de la «tercera edad», cajas de jubilaciones, ministerios de «bienestar social» y etcétera, la estamos destruyendo por haberla despojado de las funciones que le daban singular importancia y la hacían

espontáneamente indisoluble. Tal vez, como consecuencia de una actividad que hemos alentado, de buena fe desde luego, el hogar se ha ido convirtiendo en la «vivienda digna» donde no hay lugar para los hijos, los abuelos, ni el tío lisiado; ni tiempo de nadie para nadie. Ya no es el calor de la cocina, ni el refugio sereno donde sus miembros se ayudan y complementan de acuerdo con los tumos que establece la vida; no es el lugar donde juegan y aprenden sus primeras nociones los niños, no es el lugar donde se cuida a sus enfermos, ni es la jubilación de sus miembros ancianos. Eso lo hace otro: el estado. De la familia sólo va quedando la pareja y a la pareja lo único que la une es el amor; desaparecido éste, dejamos expedito el camino para deshacer lo que no tiene otras ataduras.

Tal vez hemos ayudado a crear las circunstancias por las que la madre sale a trabajar fuera de su casa para ser maestra, psicóloga o asistente social de los hijos de otros, de los abuelos de otros y de los lisiados de otros. Tal vez el salario del padre no alcanza porque hay que mantener un sistema que debe alimentar guarderías, jardines, preescolares, asilos, hospedajes, servicios, asistentes sociales, psicólogos, funcionarios, empleados, subsecretarías, direcciones, cajas, ministerios y etcétera. Organismos que a su vez no pueden cumplir su cometido como sería deseable porque «no tienen presupuesto» debido a la situación «económico-social». Claro que si la «situación económico-social» fuera floreciente no se los preciaría porque los problemas que tienen que resolver son precisamente consecuencia de la «situación económico-social». Pero, quienes se ocupan de estas funciones también tienen derecho a vivir, de modo que, en círculo vicioso, terminamos luchando por resolver los problemas que no existirían si no fuera porque tenemos que resolver los problemas de los resolvedores de problemas. Podría ser así o no ser así. Eso es lo que importa.

Quede en claro que lo dicho es sólo una perspectiva. Hay otras, todas opinables y ninguna totalmente satisfactoria. Tanto, que el mundo está dividido entre los que piensan «blanco» y los que piensan «negro». Y ambos con razón o sin ella, porque cuando las cosas no eran como hoy, los ricos tenían menos problemas para explotar a los pobres, a los poderosos les resultaba más fácil abusar de los débiles y los «mandamás» necesitaban menos disimulos para hacer su antojo. En consecuencia, desde esta perspectiva, corresponde agradecer que el interés de los políticos por «sacrificarse» provenga de las satisfacciones que reporta disfrutar de una cuota de poder, porque la parte de poder a que aspiran se la deben arrebatarse al capricho del déspota y si no existieran los privilegios no lo desearían. Corresponde dar gracias al sindicalista que tiene ambiciones personales y es politiquero porque, caso contrario, no conseguiría nada para sus representados. Hay que agradecerle al estado cuando es totalitario, autoritario y socialista, porque sin su coacción no hay distribución de riqueza posible, ya que la voluntaria y espontánea sólo se da a nivel de migajas. Queda, pues, justificado aguantarse que «el que parte y reparte se quede con la mejor parte» y aguantarse también que se generen menos riquezas para repartir porque de todos modos no se repartirían. Y por último, hay que congratularse por la «Doctrina Social», que a fuerza de insistir termina por hacerle llegar al hombre religioso como mensaje global, que de su

cristianismo no se sigue que deba ser un sumiso frente a la injusticia de los poderosos como alguna vez se le hizo creer, y por este beneficio bien puede soportarse que, en ocasiones, se pontifique sobre menudencias opinables siguiendo la antigua manía de perder el tiempo en «guerras de prepucios» distrayendo la atención sobre la cuestión de fondo.

En resumen, que se puede ser cristiano y tener simpatía por «blanco» o por «negro» según que las experiencias tenidas hayan sido de tipo argentino o de tipo escandinavo, pero no tiene ninguna importancia porque ninguno de los dos colores es solución. Desde luego, el gris tampoco.

Quede también en claro que de mis condicionadas simpatías no se deriva que esté en contra de las seguridades. Me rebela un ser humano explotado, con hambre, frío, sin techo, atención médica o amor y por ello reniego del orden natural. Pero, a partir del punto al que hemos llegado, no se me ocurre como solucionarlo dentro de ese orden sin que el intento no sea a costa de agravar las cosas o crear otros problemas; sin que sólo sea un paliativo carente de significación global; sin que sea un «modus vivendi» de políticos; útil a sindicalistas para «llevar agua a su molino»; y sin que sea una oportunidad injusta para los que pudiendo luchar viven sin luchar esperando que los demás les resuelvan sus problemas. No obstante, todo esto sería soportable si fuera solución, pero no lo es o pudiera no serlo y esto último es lo que interesa relacionado con lo que hablamos.

Los cristianos entendemos que los problemas del hombre pasan primero por el hombre y que de su paso por el hombre, según sea el individuo, resulta el sistema con que intenta superarlo. A los cristianos nos corresponde ayudar a nuestros hermanos cristianos a ser cristianos y a los no cristianos a hacerse cristianos. Consecuentemente, la Doctrina Social es cristiana en cuanto es orientación de lo que los cristianos deben hacer y predicar para ser cristianos. No es cristiana, en mis reflexiones, cuando tiene la pretensión de solucionar los problemas sociales y políticos aquí en la Tierra con propuestas terrenas, y menos aún si lo pretende imponer por la fuerza del estado o cualquier otra. No lo es: ni haciéndolo «sin los pies en la Tierra», que no otra cosa es no entrar en lo «técnico-temporal»; ni lo es incursionando en lo técnico, porque querer «tocar el cielo» «con los pies en la Tierra», es seguir construyendo «Babel» y Dios nos seguirá confundiendo.

Las palabras «social», «socialismos» y parentela me tienen harto, no porque lo contrario sea mejor o peor sino simplemente porque son del tiempo en que me toca vivir y me llevan, justificadamente o no, a la sensación de que son las responsables de que este mundo y la vida de todos los días se vaya volviendo gris totalitario, triste en cuanto masiva, chabacana, uniforme, ruidosa, y todo se vaya impregnando con tufillo estatal y sabor a estación terminal de micros. Y me llevan también a la sensación, justificada o no, de que en última instancia son negativas para el asalariado, porque las seguridades que efectivamente les brinda el sistema son las mismas que aseguran que nunca dejará de ser asalariado y de que cada día serán más los asalariados.

Visto así, los resultados finales no son, tal vez, tan cristianos como algunos los ven, porque el «asalariado no es «buen pastor», «cuando viene el lobo se va» y «no da la vida por las ovejas», porque «no son sus ovejas». Ni bien que hace. Pareciera, para el evangelista, que la manera de hacerlo «buen pastor», más que darle un buen salario, consiste en hacerlo «dueño de sus ovejas».

También pareciera que la libertad hace más a la dignidad que la seguridad. Da la casualidad que ninguno de los sistemas conocidos tiende a hacer a todos «dueños de sus ovejas», sino precisamente lo contrario. El sistema capitalista, porque la concentración de capitales hace que cada día haya en sus feudos menos «dueños de sus ovejas». El sistema socialista, porque el estado «es el dueño de todas las ovejas». El común denominador estatista-intervencionista-totalitario, porque desde que se inventó la «función social» nadie es «dueño de sus ovejas». Incluso hasta un «número suficiente» no quiere ser «dueño de las ovejas» porque implica el riesgo de tener que «dar la vida» y no tiene ganas. ¿Cómo compaginar eso de «dueño de sus ovejas» con los conceptos movemos de grandes capitales, técnicas refinadas, seguridad social y desarrollo? No se les ocurra decirme que la participación en las ganancias, en sociedades anónimas u otras, o asociaciones cooperativas u otras, los pueden hacer «dueños de una parte indivisa de ovejas». No tengo ganas de reírme.

De cualquier manera, el mandato cristiano de dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, visitar al preso, etcétera, no creo que se cumpla encomendándole a otro ese trabajo. Ocuparse del prójimo exactamente igual que de sí mismo, aparte de ser estupendo, de no ser natural y de ser milagroso, es bastante más difícil que ocuparse de que el estado se ocupe u ocuparse de que otro se ocupe; ¿será por eso que sobran candidatos para ocuparse de que el estado se ocupe u otros se ocupen y de que no he tenido la oportunidad de conocer a nadie que se ocupe del prójimo exactamente como de sí mismo?

Lo social no tiene respuesta religiosa a nivel político. La respuesta religiosa no se compeadece con el orden natural, a menos que admitamos como respuesta profanamente válida la del cuento de aquel señor que seguía un régimen «religioso» para adelgazar, que consistía en comer todo lo que se le daba la gana y en rezar luego para no engordar. En fin, todo lo que quiero decir es que lo socio-político es una cuestión profano-técnico-temporal y que su opinable solución no tiene respuesta religiosa.

La política se dedica a prender la luz y a poner la policía en guardia; el cristianismo, de que la gente no robe ni mate aunque se vaya la policía, se apague la luz y tenga razones para hacerlo. La política se ocupa de prohibir o permitir que la gente se divorcie; el cristianismo, de que la gente no se divorcie aunque sea lo más razonable que se le pueda ocurrir y las leyes se lo permitan. La política se ocupa de las medidas obligatorias referidas al bienestar y seguridad social; el cristianismo, de que cada uno voluntariamente haga por el prójimo lo mismo que hace por sí mismo, aunque el prójimo sea un cretino.

En consecuencia, desde mi punto de vista, las jerarquías de la Iglesia por los mismos motivos por los que no se expiden acerca de la mejor manera de teñir pieles, fumigar plantas o fabricar tomillos, debieran abstenerse de expedirse acerca de si la democracia es o no una buena forma de gobierno, de si las leyes de los hombres deben permitir o no el divorcio, el aborto, ni si deben asegurar o no la seguridad social; ni decirles a los sindicatos, a los empresarios o al gobierno qué es lo que debe ser convertido en norma legal. La evangelización, que es la misión específica del

cristiano, no puede ni debe tener por fin impedir, modificar o promulgar determinadas leyes, sino que determinadas leyes se conviertan o no en letra muerta por la actitud del hombre frente a ellas, porque es la actitud del hombre frente a ellas lo que las convierte o no en letra muerta. Si el «número suficiente», por la prédica, no se casa de nuevo antes de que se le muera el cónyuge anterior, ni aborta, ni va a la guerra, ni etcétera, las leyes que permiten lo contrario tienen la misma importancia práctica que la facultad que le da la Constitución al Presidente de la Nación para otorgar patentes de corso.

Buscar la imposición de la norma religiosa mediante la coacción del estado supone necesariamente incursionar en lo técnico-temporal, porque no entrar en lo técnico-temporal no es solamente no aportar los planos de una «vivienda digna», sino que, de hecho, es decir: no me interesan razones. Razones profanas, desde luego. La única manera de no incursionar en lo técnico-temporal es no incursionar en lo temporal, que nada tiene que ver con sí meterse todo el tiempo con la actitud que debe tener el cristiano frente a lo temporal.

Si no se concibe el cristianismo nítidamente separado de lo político, se termina en el intento de imponerlas normas cristianas como normas legales, lo cual a su vez, ya lo dijimos, obliga a sostener que responden al orden natural, y que son profanamente razonables y conducentes al éxito. Caso contrario, ¿con que fundamento imponerlas a los no cristianos? Pero resulta que el cristianismo no es necesaria y profanamente natural, razonable, ni conducente al éxito terreno, y entonces no se puede proponer como concepción de las estructuras.

El cristianismo sólo es razonable a partir de que se es cristiano. No antes. Por tanto, carece de sentido el intento de persuadir a nadie de la razonabilidad del cristianismo si previamente no lo hemos hecho cristiano. Una vez hecho cristiano tal vez comprenda por qué es razonable que no sea razonable; pero ésa es otra cuestión. Sin embargo, muchos cristianos se empeñan en que es profanamente razonable. Nadie dijo que deba serlo. No obstante, enfermos de razonabilidad en un terreno donde lo razonable puede ser una incoherencia, corregimos a Dios agregando a sus palabras: no matarás, «que es lo natural»; no adulterarás, «que es lo razonable»; vamos como ovejas. en medio de lobos, «que es lo natural» ¿qué tiene de natural y razonable? Tan natural y razonable es matar que le encargamos el trabajo al estado para que lo haga por cuenta nuestra como si eso cambiara las cosas ¿de dónde resulta natural y razonable no fornicar y amar al enemigo? Cuando lo es, es mera coincidencia y no sirve de explicación. ¿Cuál sería la novedad del cristianismo si fuera razonable? La consecuencia de este agregado, tácito o no, es causa de confusión y componendas. Es el origen de todo ese incordio demostrativo de la razonabilidad, del orden natural y de sesuda apologética que no hace cristianos. ¿Qué sentido puede tener una religión razonable? ¿Qué margen de libertad quedaría?

Si nos diéramos cuenta de que tenemos la suerte de no ser del todo razonables, que lo que importa es ese relámpago de locura que en su breve luz algo nos deja ver, seríamos más conscientes de nuestras falencias, y aun así, más tolerantes con nosotros mismos. Más tolerantes con nuestros hermanos católicos inaguantables, con nuestros hermanos obispos desubicados y con nuestros hermanos sacerdotes lamentables. (No todos, algunos; y cariñosamente dicho, se entiende). Seríamos más tolerantes con nuestros hermanos ateos, porque son ellos los que padecen

la limitación de la razón, no nosotros. Tendríamos más comprensión con nuestros hermanos de las Iglesias separadas, que por raza son más razonables que nosotros. Son más razonables genéticamente, y por tanto culturalmente, en su organización, en sus instituciones, en su disciplina y solidaridad social, en sus sentimientos, en su peculiar manera de ser; por eso les va mejor políticamente, son más progresistas, y no pueden entendernos en nada y menos políticamente, y es lógico entonces que su cristianismo sea más razonable que el nuestro y por tanto menos cristiano. Realmente un problema de ellos. No es fácil ayudarlos porque razonando son más razonables que nosotros. No es casualidad que la Reforma se haya iniciado en Wittenberg y no en Sevilla o en Nápoles. Ni es casualidad que a las naciones donde se difundió, el orden natural les haya asignado el rol de depredadores para el turno actual de la historia.

El cristianismo tampoco es necesariamente una clave de éxitos. No pretende ni garantiza el éxito en nada profano. Casi totalmente al contrario de lo que pensaba Calvino, los éxitos profanos hacen sospechar del cristianismo de quien tiene éxito. El cristianismo no busca, promete, ni garantiza otro éxito que la felicidad y la vida eterna. El fracaso no es escollo para la felicidad del cristiano, porque el cristiano, llegado el caso, tiene a su disposición la felicidad de ser infeliz. Un cristiano, precisamente por ser cristiano, puede hacer fracasar su vida, su matrimonio, ser despedido del trabajo, mandar a la quiebra su empresa, no cosechar un solo voto como político y hacer un desastre como gobernante. El cristianismo no le dice que no le pueda pasar eso; le dice que si le pasa por ser cristiano, no sólo no debe preocuparse sino que debe alegrarse. Jesús de Nazaret fue un fracasado mientras pasó por este mundo.

Puede pasarles lo mismo a los cristianos. Es más, incluso cristianismo aparte, la experiencia indica que está lleno de cretinos que contribuyen más al bien común que otros que no lo son y forma plaga la gente buena que hace un desastre de su vida y de la de los demás. «Los hijos de este siglo son más avisados en el trato con los suyos que los hijos de la luz». Para hacer política es conveniente ser «más avisado».

¿A dónde puede conducir, aquí en la Tierra, una concepción de las estructuras fundamentada en «poner la otra mejilla»? ¿Es razonable? ¿Sería un éxito? ¿Arreglaría las cosas, o las dejaría sin obstáculos en manos de los que ponen la mano en la mejilla de los demás? ¿Queremos que eso sea profanamente razonable y exitoso? Bien, entonces explicaremos que en realidad no quiere decir eso sino esto otro, y que en este caso sí, pero en este otro no. Empezó la componenda.

Las normas cristianas no son aplicables a las estructuras colectivas, no sirven para administrar ni gobernar a la sociedad. No son consejos para mejorar este mundo. No se precisa ser economista para darse cuenta de que si «vendo todos mis bienes y los reparto entre los pobres» no solucionaría ningún problema; por el contrario, los agravaría. Un cuarto de hora después existirían los mismos pobres que antes, más uno: yo. Lo que pueda ganar o perder es, obviamente, asunto religioso no economía política. Y no me vengan a decir que si todos fueran cristianos el mundo andaría mejor, porque es lo mismo que decir que «si mi abuela tuviera ruedas sería bicicleta», lo que suponiendo que fuera posible tampoco es verdad.

De hecho, hace dos mil años que se está fracasando en el intento de llevar el cristianismo a la práctica como propuesta política. El que fracasa, claro está, no es el cristianismo sino el que

quiere hacer cristianismo con la política, y viceversa. La historia es un muestrario al respecto.

Sin duda que el mundo es uno solo y el hombre está en el mundo indivisiblemente, pero eso en nada cambia las cosas. El cristianismo como omnicomprensión le dirá al cristiano qué hacer en todos los órdenes de la vida: frente a lo político, la enfermedad, la injusticia o las leyes de la termodinámica. En toda situación le dice qué hacer en la situación, no cómo se arregla la situación. No le dice cómo hacer para que el león no se coma a la gacela. El león se tiene que seguir comiendo a la gacela porque si no se mueren todos los leones y todas las gacelas.

Preguntar si el cristiano tiene la obligación de hacer su aporte para que se perfeccionen las estructuras colectivas tendiendo a un ideal de justicia, lleva escondido un supuesto opinable. Es dar por supuesto que perfeccionando las estructuras colectivas se puede transitar hacia un ideal de justicia, sin tener en cuenta que puedo opinar (¿o no puedo?) que intentar perfeccionar las estructuras colectivas no conduce a perfeccionarlas. Admitido el supuesto que la pregunta esconde, la forma de modificar las estructuras es haciendo política (¿de qué otra formar), por lo que de la pregunta se sigue que es obligación del cristiano hacer política. Y esa actividad política, va de suyo, debe ser tratar que las normas cristianas se impongan con la coacción del estado (¿de qué otra manera, sino?) y, caso contrario, ¿por qué hacer política en lugar de hacer cristianos?

La pregunta debe formularse en otros términos: ¿tiene el cristiano la obligación de hacer su aporte para que la sociedad sea mejor tendiendo a un ideal de justicia? Entonces contesto: sí, tiene la obligación ineludible, y la manera de hacer ese aporte es haciendo todos los cristianos que pueda. Mientras no cambie el «número suficiente» de hombres no cambiará nada y al hombre no lo cambian las estructuras; es a la inversa, sin negar totalmente su influencia, ni el hecho indiscutible de que son necesarias. Tan necesarias como el demonio, que por algo Dios lo permite. Nosotros les ponemos la sal. Somos «la sal de la Tierra» (todo sal, ¿qué salaríamos?)

Para participar de lo político aspirando a lo que se entiende por éxito político hay que estar dispuesto a manejarse con la «ley de la selva», so pena de fracaso. Para participar de lo político ateniéndose a las normas cristianas no hay que aspirar a lo que se entiende por éxito político; y aun así es fácil terminar cómplice del «número suficiente» engendrador, vehiculizado y vehiculizador del poder y sus estructuras portantes que hacen que las cosas no puedan dejar de ser como son.

Aceptar las decisiones del grupo en el intento de evadir la responsabilidad cristiana, personal e indelegable, que Dios nos dio es el autoengaño. Nos ofreció ser libres y pensantes, ni siquiera al pie de los altares podemos dejar esos regalos porque es la ofensa de devolverlos. Hay que asumir el riesgo de utilizar el margen de libertad que nos ha sido dado porque a los cristianos no se nos ha concedido la comodidad de liberarnos de nuestra conciencia obedeciendo. Por eso no debemos caer en la tentación de que nadie, quien sea, desde el Papa, dicho con respeto, cariño, y ortodoxo acatamiento, hasta «el César», pasando por la sociedad entera, nos tranquilicen asumiendo nuestra responsabilidad.

Los poderes sectoriales: económicos, militar, sindical, ideológico, y cualquier otro, aspiran a

convertirse en poder político, o en poder suficiente para presionarlo y utilizarlo, sin perjuicio de ser ellos a su vez instrumentados por aspiraciones personales. Si no lo logran, lo combaten. Por este motivo la prioridad de hecho del poder político no es gobernar sino mantenerse en el poder. Para ello, por supuesto, debe gobernar. Si el gobierno es aceptable, todo lo aceptable que puede ser el poder político, el mejor favor que puede hacerse es no obstaculizarlo instrumentándolo e ignorarlo sin mezquinar la actitud individual que colabore a no entorpecer su dedicación a gobernar; desde luego, además de no dejarse mediatizar por los poderes sectoriales. Para esto último, también lo mejor es ignorarlos.

Si por el contrario el gobierno no es aceptable, lo mejor sigue siendo ignorarlo, sin que por ello no deje de ignorarse a los poderes sectoriales. Eso de «matar con la indiferencia» no es sólo una frase. Lo dicho no es hacer política, porque la política se refiere siempre a lo colectivo, a lo grupal, y no existe el grupo; de los que no se agrupan. Es sólo una actitud frente a lo político.

Desde el punto de vista cristiano el esfuerzo debe dirigirse a cada hombre, sin pretender canalizar ese esfuerzo por el atajo de las estructuras con poder, porque es un espejismo; y cumplir con el mandato de hacerlos cristianos, que es lo que hace al hombre inmanejable por la ideología, el miedo, el engaño, el deseo o la persuasión, únicas armas del poder. De este modo se les quita poder a los poderes y se tiende a ubicarlos en su lugar. Montesquieu pensó en dividirlo para debilitarlo. Yo pienso que no llevarle el apunte también es efectivo.

Jesús de Nazaret y el poder no hicieron «buenas migas». Desde su nacimiento, el poder lo persigue obsesivamente al punto de degollar a «los inocentes». Lo primero que hace en su vida es huir del poder a Egipto. La primera tentación que sufre es la del poder, que el demonio, esto es el mal, le ofrece poniendo a su disposición «todos los reinos de este mundo», que no aceptó, ni muerto de hambre como estaba en ese momento.

Aquellos que lo escuchaban y seguían eran exactamente los marginados de todo tipo de poder y no quiso organizarlos para que lo tuvieran, ni para vehiculizarlos; tanto que, predicando, huye de sus seguidores para evitarlo. No fundó su Iglesia para el poder político, «Mi Reino no es de este mundo», dijo. No quiso el poder, tampoco lo combatió activamente. Cuando le preguntaron al respecto y dio la consabida respuesta: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», lo dijo mirando en una moneda la figura del César, y eso es precisamente lo debido «al Cesar»: monedas. Más allá de monedas, «el César» se vuelve fatuo e insorportable y termina designándose a sí mismo dios, dios de los demás. Ya lo ha hecho varias veces. En realidad, lo hace a cada rato.

Si combatir al poder u obtener poder hubiera sido el camino del cristianismo, Jesús de Nazaret lo hubiera transitado. Lo tenía a su disposición y se hubiera impuesto a través de las estructuras. A Pilatos, que era el poder, no se molestó en darle explicaciones, aunque en ello le iba la vida. El poder, que soporta que se lo combata, no soporta que se lo ignore, que es lo que realmente lo destruye, y lo crucificó. Los cristianos, desde hace casi dos mil años, venimos repitiendo incansablemente todos los días en todos los rincones del mundo: «y padeció bajo el poder de

Poncio Pilatos», es decir, bajo el poder político de ese momento.

Los romanos, que políticamente eran sabios, persiguieron a los cristianos implacablemente. No los mataban porque «se amaban los unos a los otros», los mataban porque con eso de que «Mi reino no es de este mundo» les deshacían su mundo. Y tuvieron razón, porque al final ese mundo no lo arreglamos pero se lo hicimos «puré». Y no lo destruimos rindiendo pleitesía a los dueños del circo, ni asociándonos en su manejo, ni diciéndoles cómo debían manejarlo, ni apoderándonos del circo; lo destruimos dejándonos comer por los leones. Y no se argumente que con ello se le hace el «campo orégano» a nadie, puesto que dejándonos comer por los leones nos hicimos dueños de Roma, y dueños de Roma, tal vez por ello, fuimos menos cristianos.

Por todo lo expuesto, proclamo el derecho inviolable del hombre a aislarse cada vez que lo crea conducente. Hay de ello en la Iglesia una larga tradición más que milenaria. Monje Viene de mono y quiere decir solo. A aislarse de lo político, se entiende; esto es, de las estructuras con poder, de lo público, de lo colectivo, porque en los hombres tengo fe, pero de a uno y no en todos. Proclamo el derecho de no agruparse, no integrarse, no participar, no hacer causa común, no entusiasmarse, no adherir, no comprometerse, no tomar partido, no acatar, ni desacatar, a no nada, y a ejercer ese derecho cuando así lo dicte la conciencia. Proclamo el derecho a no llevarles el apunte a los poderes cuando en su necesidad de vehiculizar presionan con aquello de que «nadie puede permanecer indiferente», porque sí puede. Aclaro que no es indiferencia frente a los problemas de este mundo, ni podría serlo, desde que la primera preocupación del cristiano es el prójimo. No es indiferencia; es la convicción de que el camino para que nos den la «añadidura» no pasa por las estructuras temporales sino por otra dimensión: la sobrenatural. «Añadidura», que por otra parte es una «añadidura» cristiana que tanto puede ser la del fracaso personal como del grupo Y que no es la del éxito político, incluyendo el social y económico, que ya equivocadamente esperaban los contemporáneos de Jesús de Nazaret. Por eso, cuando se es política Y naturalmente escéptico, individualista y pesimista, se puede ser, a la vez, cristiana y sobrenaturalmente creyente, social y optimista, gracias a un egoísmo cristiano más preocupado por el prójimo que todos los humanismos políticos, aunque, claro esta, de muy distinta manera.

VI - ¡Oh! La primavera...

No sería justo terminar sin reconocer algunos puntos a favor de madre natura. Uno podría ser la primavera cuando se ocupa de la vida. Y otro podría ser el que resulta de contestar afirmativamente a la pregunta: ¿Es acaso natural en el hombre querer evadir el orden natural y anhelar el sobrenatural? No contesto porque tendría que replantear todo y empezar de nuevo, y en este momento no estoy de ánimos; aquí, pues, dejo las cosas.

Pero antes algo más. En tren de buscarle puntos a favor al orden natural, hasta la muerte tendríamos, que agradecerle. Gracias a ella podemos vivir sin andar matando malvados, porque sabemos con certeza absoluta que un enjambre de insectos asquerosos saciará su avidez sobre los cadáveres podridos de aquellos a quienes no podríamos tolerar si no existiera nuestra querida amiga insobornable e ineludible: la muerte, que yo, cristiano, he vencido.

He estado escribiendo estos apuntes durante un invierno que ha sido largo, frío y lluvioso. Ahora que los he terminado también terminó el invierno y está avanzada la primavera, tan agradable que olvido que dura poco. Tengo otro espíritu. Hoy es un día radiante, tibio, glorioso. Por la ventana de mi comfortable habitación puedo apreciar la vegetación recuperando sus hojas y colores. Veo al viejo jardinero que llegó joven de la vieja Italia y ahí está quién sabe con qué pensamientos y nostalgias, preparando los canteros de mi jardín para los plantines de verano. Y hoy el día es tan lindo, estoy tan contento, que me distraigo y no me daña que él esté encorvado y cansado sobre la pala y yo observando cómodamente. Y observando veo un pajarito que se lleva una lombriz de la tierra removida. Me alegro con la alegría del pajarito, y de la lombriz no me importa. Un gato intruso espera paciente el descuido del pajarito y mi «bull-terrier» aguarda impaciente que le abra la puerta para matar al gato, su entretenimiento favorito. Me divierte. Me he hecho naturista y me siento de maravillas. El sol está espléndido y voy a empezar a broncearme: no me interesa que dentro de cinco mil millones de años se apague para siempre. No me parece tonto el consuelo de que no voy a estar para verlo.

Ya estoy en la playa. No me canso de mirar el mar... ¡Qué belleza!..., no la empañan los galeotes encadenados que yacen en sus entrañas después de horrible muerte. Me tonifico con su yodo y me siento bien. Hoy amo a la Naturaleza y tengo ganas de retozar con mis hermanos de la manada; los quiero y los necesito. Las primeras hembras jóvenes de mi especie salieron a tornar sol y las observo con detenimiento Y admiración. Intentaré algo más. Me viene a la memoria y me causa gracia que me resulte gracioso aquello de «disfrute el cristiano lo que se ha de comer el gusano». Agradezco a madre natura la manera que tiene de engatusarme para mantener viva la especie. Pasa una amiga y le digo: ¡lindo día!, en realidad lo que pensé fue ¡lindo trasero!, pero acepto sin sobresalto que decir la verdad me puede traer complicaciones y sigo mi camino. Recojo un mejillón, le saco un cangrejito al que se estaba comiendo vivo y al mejillón me lo como vivo yo. Exquisito. Apuro el paso para llenar mis pulmones de magnífico aire puro y me llevo hasta el muelle donde están los pescadores en un día de suerte. De suerte para ellos. Veo un chico con un pescado boqueando angustiosamente mientras se ahoga fuera del agua, en tanto le rompe la boca para arrancarle el anzuelo. Mientras se retuerce lo imagino en la sartén con olorcito de aceite hirviendo con ajo y perejil y me ataca el hambre. Decido ir a almorzar al puerto, Me encanta el pescado fresco-bien preparado, Almuerzo opiparamente. Estoy eufórico, pleno, satisfecho. Me

voy a tomar un café y una copa. Aprovecho para que un chiquilín desarrapado me lustre los zapatos. No sé si comió, ni qué comió, ni si tendrá hermanitos, ni si su mamá y su papá sufrirán por ellos, ni cómo viven, ni qué es de sus vidas. Aunque quiera, yo no puedo arreglar el mundo, así que me siento generoso y tranquilo con una propina no habitual. Me vuelvo a casa sin preocupaciones a dormir la modorra del vinito, sin tener en cuenta para nada que es un remedo del viaje final. Debo descansar porque esta noche tengo una reunión política. Las cosas no pueden seguir como están y hay un candidato para las próximas elecciones que me entusiasma porque, éste sí, definitivamente, por fin, va a cambiar todo, va a mejorar todo sustancialmente. Colaboraré y como pertenezco a varias instituciones en las que tengo predicamento puedo arrastrar votos y, consecuentemente, es posible que obtenga un «cargo» público interesante cuando mi candidato sea gobierno. De esta forma podré ayudar mejor a que las cosas cambien. Empezaré por mí mismo, mis parientes y amigos, porque no hay otro remedio que empezar por algún lado; todo a la vez no se puede hacer. Podré darme algunos gustitos personales, ya que «lo cortés no quita lo valiente», y asegurarme un futuro cómodo que me hace bien a mí y no le hace mal a nadie.

Hoy amo a la Naturaleza. ¿Por qué no gozar de las cosas buenas que nos brinda? Es una incoherencia enojarse con lo que uno necesita y utiliza todo lo que puede. ¿De qué me quejo? Tengo la vida, vivo bien, no estoy preso en una mazmorra, no he muerto desangrado en una batalla, no sé lo que es el hambre y el frío, no estoy solo en un hospital, no me abandonaron en un asilo, no fui judío en Egipto, esclavo en Roma, siervo en Rusia, ni indígena en América. No soy pobre por ahora, estoy sano, por ahora. En fin, que no estando en el lote de los que les toca «bailar con la más fea», y mientras no lo esté, una expectativa de vida sin mayores angustias por lo que resta hasta los setenta u ochenta años no es para despreciar. Por otra parte, si bien las cosas en el fondo no son muy lindas y mucho no cambian, en la superficie daría la impresión de que sí, y entonces, como yo vivo en la superficie, qué me calienta lo que pasa en el fondo.

Hoy estoy contento y tranquilo gracias a que la Naturaleza me ha dotado de un astuto mecanismo en virtud del cual siento remotos el fin de la vida y sus ineludibles acechanzas intermedias. Es una gentileza que me permite separar las cosas y poner cada una en su lugar. Cuando no puedo evitarlo y pienso, pienso; bien o mal, pero pienso. Ahora, eso sí: cuando disfruto, disfruto; y en tales oportunidades, por favor, no me vengan con cosas que me hagan pensar, porque cuando pienso razono y cuando razono me vuelvo loco, dejo todo lo que estoy haciendo y me pongo urgente a rezar.



EDUARDO M. SOLARI. Nació en Buenos Aires en 1925. Es abogado, vive en Mar del Plata desde 1978, está casado, tiene tres hijos y once nietos. En 1982 publicó *Breve ensayo para «inmortales» y «dudantes»*. En 1987 recibió por el presente trabajo el Primer Premio de Ensayo *La Nación* para autores de lengua castellana con libro publicado. El jurado, que lo premió por unanimidad, estuvo integrado por María Angélica Bosco, Jorge Cruz, Delfín Leocadio Garasa, Luis Mario Lozzia y Enrique Mario Mayoichi.